

NICOLAS BARREAU

La mujer  
de mi vida



Lectulandia

«Hoy he visto a la mujer de mi vida. Estaba sentada en mi café favorito. Por desgracia, no estaba sola. Un tipo condenadamente atractivo estaba a su lado y cogía su mano. Pero, de repente, ocurrió algo. La mujer de mi vida se levantó para ir al baño y a la vuelta me guiñó un ojo y me dio su tarjeta».

¿Por qué no va a ocurrir en la vida real lo que alguien se ha inventado para escribirlo en un libro? Un jueves de abril completamente normal se convierte en el jueves más importante de su vida para el librero protagonista de esta deliciosa novela. A veces, los milagros existen y se llaman amor.

**Lectulandia**

Nicolas Barreau

# **La mujer de mi vida**

ePub r1.0  
lenny 09.12.13

Título original: *Die Frau meines Lebens*

Nicolas Barreau, 2007

Traducción: Carmen Bas Álvarez

Diseño de portada: Christina Krutz

Imágenes de portada: © Trevillion Images / Mark Owen; © 123RF

Editor digital: lenny

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi padre. Nunca le olvidaré.

# 1

Hoy he visto a la mujer de mi vida.

Estaba sentada en mi café favorito, al fondo, en una de las mesas de madera junto a la pared cubierta de espejos, y me sonreía. Por desgracia, no estaba sola. Un tipo condenadamente atractivo —debo admitirlo— estaba sentado a su lado y cogía su mano.

De modo que me limité a mirarla, a remover mi *café crème* y a rogarle al cielo que ocurriera algo.

Soy librero, ¿saben?, y cuando uno trabaja todos los días con libros, cuando uno ha leído tantas novelas como yo, en algún momento llega a la conclusión de que es posible que ocurran muchas más cosas de lo que en general se piensa. Puede que para algunos la literatura sea la forma más agradable de ignorar la vida, como escribió Fernando Pessoa en cierta ocasión. Pero en el fondo solo se desea ignorar la vida cuando esta ya no es como uno querría.

Yo creo que la literatura no tiene que dejar necesariamente el mundo fuera, delante de la puerta. ¡Al contrario! Muchas veces lo hace entrar dentro de nosotros.

Tal vez sea un romántico empedernido, pero ¿por qué no va a ocurrir en la vida real lo que alguien se ha inventado para escribirlo en un libro? La literatura puede ser un camino maravilloso hacia la realidad porque nos abre los ojos a todo lo que puede suceder. ¡A todo lo que puede suceder un día cualquiera!

Pensemos en el día de hoy. Al principio era un jueves de abril completamente normal. Ahora es el jueves más importante de mi vida. Me encuentro en estado de alerta. Estoy involucrado en una historia. En una novela —si así lo prefieren— de la que ignoro el final, porque, lamentablemente, yo no soy su autor.

Para empezar, por la mañana no oí el despertador, o sea que el día no tuvo un comienzo precisamente espléndido. Cuando estaba en la ducha sonó el móvil. Era mi amigo Nathan, que quería saber si iría con él por la noche al Bilboquet, su club de jazz preferido, en el que ha cantado la mismísima Ella Fitzgerald. El pelo me goteaba y le dije que claro, por qué no, luego hablamos. Nathan es una de las personas menos complicadas que conozco: las chicas le persiguen en manadas y las noches con él son siempre muy divertidas.

Me bebí un *espresso* de pie, eché un rápido vistazo al periódico y luego me puse en camino hacia la librería. Había llovido y parecía que acababan de limpiar las calles. Por la mañana no hubo mucho trabajo y Julie y yo cambiamos la decoración del escaparate.

Julie es mi socia en la Librairie du Soleil y una auténtica (y atractiva) reina de los consejos.

¿Tiene usted algún problema con su suegra? ¿Quiere poner de una vez orden en

su vida? ¿Su novia se ha largado con su mejor amigo y usted está a punto de suicidarse?

¡No se preocupe! Simplemente pásese por nuestra pequeña librería de la Rue Bonaparte y pregunte por Julie. Ella le dará, sin duda, el mejor consejo para cualquier problema.

Y ese es precisamente el motivo por el que nunca he podido enamorarme de Julie, a pesar de que, con su pelo negro recogido y su encantadora sonrisa, recuerde a una joven Audrey Hepburn.

Una mujer que tiene una solución para cada problema me da, en cierto modo, miedo. A diferencia de mí, Julie tiene su vida bajo control. Confía en sí misma. Siempre tiene un plan. Y, naturalmente, también tiene un hombre.

Queda Antoine, o sea yo, treinta y dos años, propietario de media librería y sin ningún plan. Un hombre que aprecia los libros buenos tanto como la lencería bonita y que solo recomienda a sus clientes las novelas que a él mismo le gustan.

En realidad hoy debería haber aprovechado sin falta la pausa de mediodía para llevar las camisas a la lavandería y hacer algunos recados. Por la mañana en mi nevera solo quedaban un trozo de queso de cabra y tres tomates, lo que es bastante escaso incluso para un tipo soltero como yo. Pero, entonces, después de un breve chaparrón de abril volvió a salir el sol, las gotas del cristal centellearon en todos los colores, Julie dijo: «¡Mierda, ahora tengo que volver a limpiar el escaparate!», y de pronto se me quitaron las ganas de hacer recados.

—Voy al Flore a tomar un café —le dije a Julie, que estaba descalza en el escaparate colgando el cartel de la presentación de un libro. Julie frunció sus bonitos labios. No le gusta demasiado el Café de Flore. Como casi todos los parisinos, evita los locales a los que acuden los turistas. En ese sentido es una auténtica esnob. Pero yo crecí en Arlés y llegué a París con diecisiete años, tal vez por eso no tenga un miedo tan terrible al contacto con las atracciones turísticas.

Me gusta ir al Flore, el café es fuerte y bueno, los camareros imperturbables y la *tarte tatin* no está nada mal si a uno le gusta la tarta de manzana caramelizada que apenas se reconoce como tal.

Bueno, sí, admito que también me gusta la idea de sentarme en un café que en otros tiempos fue punto de encuentro de literatos... *a pesar* de los mochileros que también quieren respirar el espíritu de Simone y Jean-Paul y de las jóvenes y sonrientes japonesas que, después de ir de compras, entran en el local con cientos de elegantes bolsas de colores en la mano como una bandada de pájaros exóticos y se hacen fotos unas a otras.

Así que cuando esta mañana llegué al café, pasé por delante de los camareros, de la vitrina de las tartas y de las mesas de madera, para subir por la escalera al primer piso —allí se suele estar más tranquilo que abajo—, todavía no imaginaba nada de lo

que iba a ocurrir. Tampoco presentí nada cuando, con un rápido vistazo, vi que mi mesa favorita, la del rincón del fondo, estaba ocupada. Alguien estaba sentado allí detrás de un periódico, y yo me instalé en otra mesa, pedí un café y dos cruasanes y hojeé un pequeño librito de Éditions Stock, una novela romántica moderna que, si se daba crédito a lo que la editorial afirmaba, tenía el ritmo de una *chanson* francesa.

Frente a mí alguien plegó el periódico con un callado crujido del papel y lo dejó a un lado, y cuando miré hacia el banco de cuero en el que en realidad debía haberme sentado yo, casi me da un ataque.

¡Dios mío, un ataque! Esta expresión suele emplearse con mucha ligereza. Pero eso fue justo lo que sucedió, y espero que disculpen que no se me ocurra nada más poético u original para describir ese mágico instante en el que el tiempo adquirió para mí una nueva dimensión, un ángel me rozó con su ala y el mundo quedó reducido a apenas diez metros cuadrados.

Una joven con una larga cabellera color miel estaba sentada allí como recién caída del cielo y me miraba con sus enormes ojos marrones. Unos ojos marrón claro en los que parecían brillar diminutas partículas de oro.

Sonrió brevemente y su mirada se fijó en mí más de lo necesario. ¿O solo me lo pareció a mí? Noté frío y calor a la vez. Casi se me cae el libro de las manos. Aunque no me habría importado. ¿Qué hacía yo con una novela que era como una *chanson* cuando mi propia vida empezaba a moverse a ritmo de samba?

Allí estaba ella. La mujer de mi vida. ¡Así de fácil!

Puede sonar bastante extraño, pero aunque no había hablado todavía una sola palabra con ella, sabía que esa era la cara que, sin saberlo, yo siempre había imaginado y buscado cada vez que rompía con una de mis novias.

Agarré con fuerza mi pequeño libro. Miles de ideas se me pasaron por la cabeza. Tenía que hablar con la belleza de la mesa de enfrente. Pero... ¿cómo?

¿Qué demonios se dice en una situación así?

—Hola, soy Antoine. No piense que estoy loco. No nos conocemos de nada, pero es usted la mujer de mi vida.

Ridículo.

—Disculpe... pero su cara me suena. ¿Nos conocemos?

La forma de establecer contacto más vieja del mundo. Nada original y demasiado simple.

—¿Le han dicho alguna vez que tiene unos ojos preciosos?

¡Venga, eso solo se dice cuando a uno no se le ocurre otra cosa!

Yo no suelo tener pelos en la lengua y he seducido a más de una chica con palabras bonitas, pero esto... Esto era otra cosa, y el miedo a decir algo equivocado y echarlo todo a perder me hacía desechar todas las frases que se me ocurrían.

—*Voilà, monsieur!* —El camarero se acercó y dejó ante mí una pequeña bandeja

de plata con unos cruasanes, leche caliente y café, mientras su mirada profesional buscaba con rutina las mesas que se habían quedado libres y debía recoger.

Entretanto la mujer de mi vida vació con delicadeza un sobrecito de azúcar en su *jus d'orange*. En ese momento me habría gustado besarle sus preciosos dedos uno a uno.

Como si hubiera leído mis pensamientos, apoyó los codos en la mesa, chupó unos granitos de azúcar de su dedo índice y volvió a mirarme. Una cadena de delicadas bolas de cristal y oro osciló sobre el escote de su ajustado vestido negro y atrajo mi mirada hacia el inicio de los dos pechos pequeños y redondos que se marcaban bajo la tela. Un par de diminutas pecas adornaban su piel de seda, y no pude evitar imaginar lo maravilloso que debía de ser poder quitarle el sujetador y sostener en mis manos esos dos blancos y suaves pichoncitos. Tragué saliva, alcé la mirada de nuevo y sentí que me había pillado in fraganti. Sus ojos brillaron divertidos cuando nuestras miradas se volvieron a cruzar. Luego su boca roja esbozó una amplia sonrisa.

Yo también sonreí, intentando parecer lo más simpático, inteligente y entrañable posible.

Julie siempre dice que cuando quiero me parezco un poco a Brad Pitt. Eso me animó. En realidad soy un tipo atractivo, más bien con cierta pinta de golfo, pero eso gusta a muchas mujeres. Me puse de pie y respiré hondo.

Ella miró alrededor, expectante.

«¡Venga, di algo, idiota! —me ordené a mí mismo con severidad—. ¡Acércate y habla con ella!». De pronto se me secó la boca. Di un trago de café demasiado largo y me quemé la lengua. Maldiciendo en voz baja, dejé la taza en el plato. La porcelana tintineó como una orquesta sinfónica tocando a Stockhausen, y el café se derramó. ¡Lo que faltaba! ¡Qué imagen tan penosa!

Ella se tapó la boca con la mano. Se rio.

Mientras limpiaba con la servilleta una pequeña mancha de la mesa, le sonreí con gesto de disculpa. Me habría gustado aclararle que no siempre soy tan torpe e inepto. Esa mujer me ponía más nervioso que cualquier otra, estaba claro. Aunque a ella no parecía importarle. Jugueteó enredando un mechón de su pelo color miel en el dedo índice y dejó pasar el tiempo.

¡Dios mío, lo que habría dado por un cigarrillo! Busqué de forma instintiva mi cajetilla. Entonces me acordé de la maldita prohibición de fumar. ¡Era totalmente perversa! Quiero decir que el café y el tabaco son dos cosas que en el mundo occidental van siempre juntas, así de sencillo. Esa ley va a cambiar nuestras costumbres, toda nuestra cultura. ¿Ha pensado alguno de los responsables de ahí arriba lo que significa para un hombre locamente enamorado estar en un café y no poder fumar? ¡Es inhumano!

«¡Deja de filosofar, cobarde! Pregúntale de una vez si puedes invitarla a un café»,

me apremió mi voz interior.

«¿Querría-tomar-un-café-conmigo-querría-tomar-un-café-conmigo-querría...?».

La frase dio vueltas en mi cabeza como un tiovivo hasta que casi me mareé. Y entonces, un instante antes de que las malditas palabras dieran por fin el salto a la realidad, la mujer de mi vida se puso de pie brevemente y saludó con la mano.

Por desgracia su saludo no iba dirigido a mí. Por el rabillo del ojo pude ver cómo un hombre alto y moreno se dirigía con decisión hacia la mesa donde estaba sentada mi preciosidad. Parecía el profesor Severus Snape cuando tiene un buen día.

—*Ça va, ma belle?* —La abrazó antes de sentarse frente a ella y lanzar con descuido su chaqueta de cuero marrón sobre una silla.

*Ma belle?* Observé con rabia al intruso, que por desgracia no se percató de las malvadas miradas que taladraban su espalda.

Me habría gustado retorcerle el cuello a ese canalla. ¡Entrar aquí así, sin más! ¡En mi gran momento! Para mi desgracia tuve que ser testigo de que la mujer de mi vida veía las cosas de otro modo. Hablaba y reía, y yo había quedado ya olvidado. ¡Así son las mujeres!

Snape le cogió la mano. Ella le miró fijamente a los ojos, con mucho cariño, en mi opinión, y yo me hice de pronto una idea de lo que debe de sentir uno al quemarse en el infierno.

¡No podía ser! ¡No *debía* ser así! ¿Es que iba a resultar que ese tipo era *su* marido? Con una mirada desesperada examiné las manos de los dos y suspiré aliviado. ¡Menos mal, no llevaban alianza! Eso no significaba nada, pero era mejor que si hubiera sido al contrario. Tal vez fuera un amigo, deseé fervientemente que solo fuera *un* amigo. Tal vez un amigo gay...

Me parapeté detrás de mi libro como un detective privado, hice como si estuviera leyendo, pasando una página de vez en cuando, me metí un trozo de cruasán en la boca y los miré con desconfianza.

Por desgracia, no podía entender nada de lo que decían porque justo a mi lado se sentaron dos amigas que hablaban a voz en grito sobre no sé qué estúpidos zapatos. Luego sobre sus novios. Luego sobre el viaje que una de ellas iba a hacer en verano a las Maldivas.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado, probablemente no fue ni siquiera un cuarto de hora, pero a mí me pareció una horrible eternidad. Por fin mi rival se agachó y sacó algo de su maletín. ¡Fotos! ¿Fotos de unas vacaciones?

Mi preciosidad soltó pequeños grititos de entusiasmo mientras veía las fotos. ¡Traidora! Pero a pesar de todo... ¡qué traidora más adorable! Cuando le devolvió las fotos al tipo y este se agachó para volver a guardarlas en su maletín, me regaló de nuevo una mirada traviesa y una sonrisa realmente encantadora. El libro tembló en mis manos. Ese juego sin palabras me ponía enfermo. Tenía las manos atadas. Estaba

anclado en el tiempo como un sonámbulo a la luz de la luna. Y con eso estamos otra vez al principio de mi pequeña historia.

No... no del todo.

Me limité a mirarla, a remover mi *café crème* y a rogarle al cielo que ocurriera algo.

Y entonces pasó algo.

La mujer de mi vida se puso de pie y se fue al baño.

Cuando volvió, me hizo un breve guiño y con un rápido movimiento dejó caer una tarjetita en mi mesa. En ella se veían —escritos a toda prisa con tinta azul— un nombre y un número de teléfono. Nada más. Mi corazón dio un salto de alegría. Y así empezaron las veinticuatro horas más excitantes de mi vida.

## 2

Me quedé mirando cómo volvía a su mesa con su vestido negro como si no hubiera pasado nada. Me llegó el olor de un pesado aunque delicado perfume. Observé su pequeño trasero, que se movía como con dejadez ante mis ojos, y apenas pude contener mi alegría. Naturalmente, no solo por ese encantador trasero. Que también.

¿Cuántas veces ocurre algo así? ¿Cuántas veces se produce un milagro en la vida de un hombre? Alguien allí arriba había escuchado mis súplicas, y por un momento pensé si en los tiempos de Dan Brown y la desmitificación de los seres superiores no debía volver a incorporarme al grupo de los creyentes.

Se llamaba Isabelle. No existía ningún nombre más bonito. Antoine e Isabelle. Isabelle y Antoine. Qué bien sonaban los dos nombres juntos. Tenía su número de teléfono y el futuro se abría ante mí como un único día de primavera sin fin.

Lentamente y con la gran esperanza de descubrir todavía algo más, le di la vuelta a la elegante tarjetita blanca. Y, efectivamente, en el reverso me esperaba un mensaje.

*Llámeme dentro de una hora. Me gustaría mucho volver a verle.*

Apenas pude contener el impulso de lanzar la tarjeta por el aire y apretarla contra mis labios.

¡Sí, sí! ¡Aquello era increíble! Tal vez tuviera que deshacerse antes de su Snape.

Entonces leí la posdata con los tres puntos suspensivos.

*Ha estado todo el tiempo sujetando el libro al revés...*

¡Qué descarado tan encantador! ¡Ya me las pagaría de la mejor manera!

En la mesa de enfrente el oscuro gigantón pagó la cuenta sin saber lo que había ocurrido a sus espaldas. Mientras tanto Isabelle se retocaba los labios con toda tranquilidad. Luego se puso de pie, dejó que el tipo la ayudara a ponerse la gabardina y cogió su paraguas rojo. Sé que me llamó la atención el color.

Que ese paraguas rojo iba a jugar un papel importante, sí, vital para mí era algo que entonces yo, naturalmente, ignoraba.

Bromeando, la bella Isabelle se colgó del brazo de su apuesto acompañante y abandonó el Café de Flore sin dignarse a lanzarme una sola mirada más. Y si yo no hubiera tenido la tarjeta en la mano habría pensado que todo aquello solo había sido un bonito sueño.

*Llámeme dentro de una hora.* Miré el reloj. Faltaba poco para las dos, mi pausa del mediodía había terminado, pero qué importaba. Una hora me separaba de la felicidad. Pensé.

Pedí la cuenta, le di al sorprendido camarero una propina demasiado generosa, dejé el libro sobre la mesa y salí al sol de abril.

El aire era claro, la vida bella y París la mejor ciudad para enamorarse. Encendí un cigarrillo, di una profunda calada y lancé una pequeña nube blanca hacia el cielo.

¿No resulta sorprendente con qué facilidad se aceptan todos esos estúpidos tópicos cuando se es feliz?

### 3

Cualquiera que haya estado alguna vez enamorado y se haya visto condenado a esperar sabe lo larga que puede ser una hora. Estaba demasiado nervioso para volver a la librería y decidí bajar andando hasta el Sena. No, de verdad, no podría haber soportado la mirada inquisitiva de Julie. Quería estar a solas con mis pensamientos. Cuando crucé la calle estuve a punto de meterme debajo de las ruedas de un taxi. Los frenos chirriaron.

—¡Eh, idiota! ¿Es que no tienes ojos en la cara? —gritó el enfurecido taxista por la ventanilla—. ¡¿Es que quieres morirte aquí mismo, eh?! ¡¿Es eso lo que quieres?!

Alcé la mano con un gesto de disculpa y seguí andando. No, no quería morirme de ninguna manera. Hoy no. Pero estaba claro que en ese punto París estaba demasiado lleno y agitado para un enamorado.

Me dirigí hacia el Pont des Arts. ¡Faltaban tres cuartos de hora todavía! Tiempo suficiente para escaparme a las Tullerías. Bajo los viejos castaños de Indias que ya empezaban a florecer y desprender su dulce fragancia buscaría un sitio bonito y tranquilo para llamar a Isabelle desde el móvil.

El Pont des Arts parecía un puente colgante sobre el Sena. Unos tipos habían esparcido sus imitaciones de Prada y Louis Vuitton en unas mantas grises, una mujer joven le mostraba la Torre Eiffel a su hijo pequeño y, en la otra orilla, un estudiante le hacía una foto a su novia, que se apoyaba en la barandilla con el Pont Neuf y la Île de la Cité de fondo.

Lo observé todo con gran complacencia. Con paso ligero abandoné el puente, crucé la calle —esta vez sin dejarme atropellar— y me dirigí hacia la izquierda. Cada poco tocaba la tarjeta que llevaba en el bolsillo del pantalón. Y cada poco me invadía ese alocado sentimiento de felicidad. Enseguida dejé atrás el Louvre y la pirámide de cristal. Iba en busca de mi bella esfinge, que primero me había regalado su sonrisa y confiaba en que pronto me regalaría también su corazón.

Las pequeñas piedrecitas crujían debajo de mis zapatos. Una vez en las Tullerías, busqué un banco vacío debajo de un castaño y observé a los niños que hacían navegar sus pequeños barcos de juguete en la fuente cercana. Algunos paseantes deambulaban por el parque. Olía a las flores de los castaños y a *crêpes* recién hechas.

Entretanto eran ya las tres menos veinte. Saqué la pequeña tarjeta del bolsillo del pantalón y pasé el dedo con delicadeza por encima de los trazos escritos. *Isabelle...* En pocos minutos iba a llamarla. Quedaríamos. La invitaría a cenar. En un restaurante íntimo y pequeño. Saint-Germain estaba lleno de ellos. Nos sentaríamos uno frente al otro y charlaríamos como si nos conociéramos de toda la vida. Y en algún momento yo cogería su mano. Le apartaría un mechón rubio de la frente y luego... Dejé la tarjeta a mi lado en el banco, cerré los ojos y vi su bello rostro ovalado ante mí, sus

pómulos elevados, sus ojos marrones con brillos dorados, su burlona boca roja que se abría un poco...

Algo me rozó la manga, y la imagen se desvaneció. Abrí los ojos sorprendido. Ante mí había una niña pequeña con trenzas rubias que me observaba con curiosidad.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Te duele algo? ¿O es que estás dormido?

No pude evitar reírme.

—No, no, no me duele nada. Tampoco estoy dormido. Solo estaba soñando.

—¿Era un sueño bonito?

—¡Oh, sí! Muy, muy bonito.

—Pareces simpático. ¿Cómo te llamas?

—Antoine. ¿Y cómo te llamas tú?

—Sandrine. —Torció la cabeza—. ¿Quieres ver mi barco nuevo? —Orgullosa, me mostró un barquito de vela.

Su confianza me conmovió. Normalmente intento evitar a los niños. No es que sea uno de esos tipos que los odian, pero su constante parloteo y sus continuas preguntas ponen de los nervios a cualquiera, me parece a mí. Los niños muestran una alarmante perseverancia en todo lo que hacen o quieren conseguir. Por eso mi estrategia en trenes, playas, portales u otros sitios públicos consistía en evitar el contacto visual. De lo contrario uno se ve inevitablemente involucrado en interminables conversaciones y tiene que responder miles de preguntas, devolver balones o ayudar a encontrar la pieza que falta para terminar el puzle. En otras palabras: se acaba la tranquilidad.

—¿A que te gustaría tener uno igual?

Asentí.

—Es un barco realmente bonito.

—¿Quieres venir? Voy a hacerlo navegar por la fuente. —La pequeña no se rendía.

Miré el reloj. ¡Las tres menos doce minutos!

—Me gustaría, pero no puedo. Tengo que hacer una llamada muy, muy importante, ¿sabes?

La niña dio unos saltitos delante de mí.

—Mi padre también hace siempre llamadas muy importantes.

—¡Sandrine..., Sandrine! ¿Qué haces ahí? ¡Deja a ese señor tranquilo y ven aquí!

—Una joven madre que empujaba un carrito de bebé se detuvo y nos miró con gesto de disculpa.

—¡Está bien! —grité. Curiosamente, había disfrutado mucho de nuestra breve conversación.

—¡Ya voy, *maman*! —Sandrine salió corriendo, se giró un instante y se despidió con la mano—. ¡Adiós, Antoine!

Yo levanté la mano y observé pensativo cómo se alejaba la familia. En realidad los niños eran adorables. Estaba imaginando cómo serían los hijos de Isabelle y míos cuando oí un chasquido.

Miré el banco, el sitio donde mi tarjetita reposaba tan tranquilamente, y mis ojos se abrieron de asombro. ¡Había caído una caca de pájaro justo encima!

—¡Vaya mierda! —maldije, sin darme cuenta siquiera de lo acertadas que eran en esa ocasión mis palabras.

Aunque casi nunca me resfrío, afortunadamente soy uno de esos hombres que siempre llevan consigo un pañuelo. Para casos de emergencia. ¡Y este era un caso de emergencia!

Así que saqué mi pañuelo, me arrodillé delante del banco e intenté limpiar la caca de pájaro. Asqueroso. Froté y froté, y cuando eliminé la suciedad faltaba el último número del teléfono de Isabelle. Atónito, miré aquel jeroglífico de tinta azul pálido, emborronado hasta lo irreconocible.

—¡No! —grité, y golpeé el banco con el puño—. ¡No, no, no! —Faltaban cinco minutos para las tres.

Me habría dado de bofetadas. Primero no había sido capaz de hablar *en su momento* con la mujer de mi vida. Eso ya había sido bastante imperdonable. Luego ella me da su número de teléfono sin motivo alguno y yo soy tan descuidado que le cae una caca de pájaro encima. Seguro que en una película la situación me habría parecido terriblemente cómica. ¡Para partirse de risa! Me reí desesperado. ¿Había en el mundo alguien más idiota que yo? ¿Alguien con peor suerte que yo? Pocos segundos antes yo era Antoine el afortunado. Ahora era Antoine al borde de un ataque de nervios.

Me senté en el banco e intenté tranquilizarme. El psiquiátrico no era la solución, eso lo tuve claro enseguida. Observé con incredulidad el número de teléfono, que se desvanecía poco a poco ante mis ojos.

No iba a rendirme tan fácilmente. Me mordisqueé el labio inferior hasta que empezó a dolerme. Pensé. En realidad era muy sencillo. Quizás algo laborioso, pero con un final feliz asegurado. Tenía que hacer diez llamadas en vez de una. Cambiando cada vez el último número.

En algún momento encontraría a Isabelle, entonces se lo explicaría todo. Un mal comienzo, en efecto, pero lo importante era el final feliz. Eran las tres. Cogí mi móvil y empecé a marcar los primeros dígitos, cuando me di cuenta de que no me había dado el número de un teléfono móvil. Era un teléfono fijo de París, estaba claro. ¡Maldita mierda! ¿Y si ella solo podía hablar con tranquilidad a las tres? ¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Y si contestaba ese estúpido Snape? No quería ponerla en un aprieto. Tenía que ser discreto. Se lo debía.

Inquieto, pensé qué podía decir si no contestaba ella al teléfono. Entonces se me

ocurrió una idea genial. Diría simplemente que ya había recibido el libro que ella me había encargado y dejaría mi número. Lo malo era que solo sabía su nombre. Daba igual, no tenía otra elección. Ahora debía ser sobre todo una cosa: rápido.

Marqué el resto de los dígitos a toda prisa y comencé mi ruleta rusa con el 1 al final.

Sonó un par de veces. Luego saltó el contestador. Una voz automática repitió otra vez el número que yo había marcado y me anunció que por desgracia el abonado no estaba disponible en ese momento, pero que podía dejar un mensaje. Piiip.

Odio cuando la gente no graba su propio aviso en el contestador.

—Sí... eh... hola. Soy Antoine. Antoine Bellier, de la Librairie du Soleil. Este es un mensaje para Isabelle... eh... —Carraspeé un par de veces y me apresuré a seguir hablando—: Solo quería decirle que ya tenemos el libro que nos encargó. —Mientras hablaba me di cuenta con horror de que ella ni siquiera sabía mi nombre. ¿Cómo iba a relacionar entonces esa llamada con el tipo torpe del Café de Flore?—. Eh... sí... —tartamudeé apurado—. Se trata de... eh... la novela *El hombre del Café de Flore*. Le ruego que nos llame enseguida si no puede pasarse hoy a recoger el libro. —Dejé mi número de móvil confiando en que el mensaje secreto llegara a su destinataria. *Si es que* era realmente el número de Isabelle el que había marcado.

Saqué mi libreta, la abrí por una página en blanco y escribí el número marcado junto a la nota «Contestador/Dejo mensaje». Tenía que proceder de forma sistemática. No podía permitir que los nervios me hicieran cometer otro error.

Entretanto eran ya las tres y cinco. Todavía me encontraba en zona verde. Le tocaba el turno al número dos. Volví a pulsar las teclas y me llevé el teléfono a la oreja.

—*Oui?*

Esta vez fue sin duda una voz humana la que contestó, además femenina. El corazón me latió a toda prisa. Me habría gustado gritar en el auricular: «¿Eres tú, Isabelle?». Pero me contuve.

—*Bonjour*. Aquí Antoine Bellier —empecé a decir con el tono amable y cauto de un vendedor de seguros—. Disculpe la molestia, pero ¿ha estado usted esta mañana en el Café de Flore?

Al otro lado de la línea se oyó un brusco gruñido.

—¿Hablo con madame... Isabelle? —seguí intentándolo, pero la mujer me interrumpió.

—Escuche, si se trata de una estúpida estrategia de marketing, puede ahorrarse sus palabras —me gritó—. No quiero comprar nada, ni llamar por teléfono a mejor precio, ni ganar ningún premio, ni contestar a ninguna encuesta. ¿Está claro? ¡Todo eso me repugna!

—Por favor —le supliqué, aunque estaba claro que aquella bruja gritona no podía

ser mi preciosa hada del Flore—. Dígame solo una cosa: ¿se llama usted Isabelle?

—¿Isabelle? —Se rio con sarcasmo—. ¿Me toma el pelo? —Sonó un clic y se cortó la comunicación.

Suspirando, taché el número 2 en mi libreta. Daba igual. Descolgar y seguir. Eran las tres y diez. Y todas las cosas buenas son tres. El que no juega no arriesga.

Marqué el siguiente número. Contestó una niña. ¿Una niña? ¿Tenía Isabelle una niña? ¡Qué más daba! A la mujer de tu vida la aceptas hasta con niños.

—¿Sí? —dijo la vocecita.

—Sí, hola. Aquí Antoine Bellier... Dime, ¿puedo hablar con tu madre?

—¿Sí? —repitió la vocecita—. ¿Sí?

Luego sonó un clic y se acabó la conversación. Habría podido saltar por el auricular.

Sé que algunos padres están encantados de que sus retoños contesten al teléfono. A mí me parece un horror. Mi hermana siempre deja que su pequeña Claire lo haga porque es una *monada*. A veces pasa una eternidad hasta que ese pequeño monstruo decide por fin ir a buscar a la persona con la que realmente quieres hablar.

Maldiciendo, le di a la tecla de rellamada haciendo un juramento sagrado: si alguna vez tenía niños no podrían ponerse al teléfono hasta que no fueran capaces de decir frases enteras.

—¿Sí?

Otra vez la vocecita. Maldije para mis adentros.

—Hola, cielo, soy otra vez Antoine —dije con voz suave. Yo era el malvado lobo con piel de cordero, pero eso no lo sabía esa estúpida ovejita—. ¿Me pasas con tu mamá?

—Mi mamá no está.

Si se trataba de mi Isabelle no era precisamente la persona con más paciencia del mundo. Ya podía haber esperado unos minutos, me parecía a mí.

—¿Y cuándo vuelve tu mamá? —pregunté.

—No sé —dijo la lastimosa vocecita.

¿Es que esa madre dejaba a su hijita sola durante horas? Por un momento sentí lástima de la vocecita, pero luego decidí centrarme en lo importante.

—Dime... ¿cómo se llama tu mamá? —pregunté.

La vocecita se rio.

—¡Qué pregunta tan graciosa! Pues «mamá».

—Hmmm... —Sí, claro. Se me había olvidado que los niños tienen su propia lógica—. ¿Y cómo llama tu papá a tu mamá? —Me felicité a mí mismo para mis adentros. Hay que saber hablar con los niños pequeños.

—¿Mi papá? —La vocecita pareció pensar—. Mi papá la llama siempre *mon bijou*.

De acuerdo. Así no iba a ninguna parte.

—Eh... sí. Dime, cielo: ¿tu mamá tiene el pelo rubio oscuro?

—No sé. ¿Qué es ru-bios-curo? —Lo pronunció como si se tratara de un plato de comida china.

Vaya, ¿cómo se le explica a un niño cómo es un color de pelo? La pregunta me dejó sin palabras. Entonces se oyó un ruido de fondo y una voz de hombre preguntó:

—Marie, ¿quién está al teléfono?

Aquello no sonaba bien.

—Es un señor que quiere saber cómo llamas tú a mamá y si ella tiene el pelo rubio oscuro —contestó Marie emocionada.

—¿¿QUÉ?? —Pude ver cómo le arrancaban el auricular de la mano a la pequeña Marie—. Aquí Robert Petit, ¿con quién hablo? —La voz sonaba desconfiada. Agresiva. Un tipo que no estaba para bromas. ¿Era el profesor Snape?

Repetí mi cantinela.

—Soy Antoine Beller. Disculpe, pero su... mujer... madame... eh... Isabelle... Petit nos ha encargado un libro... —tartamudeé.

—Aquí no hay ninguna Isabelle Petit, y me gustaría saber qué le importa a usted el color del pelo de mi mujer. Además Claudine tiene el pelo castaño. ¿Es usted un perverso o qué? ¡No se atreva a volver a llamar para molestarnos!

Di las gracias por no haberme encontrado a ese marido celoso en la calle, murmuré algo de un número equivocado y colgué.

Quedaban siete números. ¡Eran las tres y cuarto! El tiempo iba en mi contra, pero ¿acaso no era siempre de algún modo así?

En el cuarto número contestó otra vez una mujer. Esta vez hasta dijo su apellido —Dubois—. La voz sonaba relajada y amable, incluso algo expectante, y mi estúpido corazón se hizo ilusiones y empezó a latir como loco. Debía de estar bombeando toneladas de adrenalina. ¿Qué cantidad de esta hormona soporta el cuerpo humano antes de sufrir una fibrilación ventricular? De pronto pude ver claramente el titular: «¡Un hombre sufre un infarto mientras habla por teléfono en el parque! ¿Son peligrosos los móviles?».

—¿Sí? —preguntó la voz con una paciencia angelical—. ¿Quién es?

Aparté la idea de una muerte prematura confiando en que se produjera el milagro. ¿Por qué no podía tener suerte y que aquella voz fuera la de la incomparable Isabelle?

—Disculpe las molestias, por favor... Hace una hora estuve en el Café de Flore...

—Sí... ¿y? —Madame Dubois parecía divertirse.

—Dígame... ¿no será usted por casualidad la bella mujer del paraguas rojo que me ha dado su número de teléfono? —solté de golpe—. ¿Es usted, Isabelle? —«¡Por favor, di que sí, di que sí!».

Madame Dubois se echó a reír.

—Me temo que no puedo serle de mucha ayuda, joven. Me llamo Céline. Desde hace ya cuarenta años. Pero en otra vida me habría gustado mucho ser esa tal Isabelle...

Decepcionado, dejé caer los hombros.

—Bueno, entonces... me he equivocado de número. Lo siento —dije casi sin fuerzas.

—No importa —replicó ella—. Que tenga un buen día.

Borré el número. Las tres y media. Aquello era desesperante. De pronto noté que alguien me miraba fijamente.

Una señora mayor con la cabeza cubierta de ricitos grises y un abrigo verde estaba sentada en el banco de al lado con un perrito blanco en el regazo. El perrito también miraba con agresividad hacia donde yo estaba. Era evidente que la mujer llevaba allí un buen rato y me había oído mientras hablaba por teléfono.

Se puso de pie, dejó al perrito en el suelo y sacudió la cabeza con gesto despectivo.

—¿Sabe? Debería darle vergüenza, joven. En mis tiempos no se era tan... tan... descarado. —Tiró de la correa y el estúpido pincher me ladró furioso.

Sé que no hay que desahogarse con las viejecitas desvalidas ni con los animales, pero por un momento me pregunté si sería realmente una pérdida para el mundo que yo estrangulara con la correa a aquella vieja misántropa y a su chucho.

En vez de eso me puse de pie, me estiré bien, abrí los brazos y grité: «¡Buh!».

La mujer, con un susto de muerte en el cuerpo, se marchó de allí a toda prisa.

Debo admitir que estaba empezando a desanimarme.

¡Quién sabía si existía realmente una Isabelle! Tal vez la chica del café me había gastado una broma. Lo mismo no era suyo ese estúpido número y yo estaba haciendo el tonto. Pero por otro lado... esas miradas. Su sonrisa. Había surgido algo entre nosotros, lo había notado perfectamente.

Miré con tristeza mi móvil, que había conocido mejores conversaciones telefónicas. Estaba tan deprimido que al principio ni siquiera reconocí la alegre melodía que llegó de pronto a mis oídos.

¡Sonaba mi móvil!

¡Dios mío, era ELLA! ¡El contestador! Isabelle me devolvía la llamada. Descolgué a toda prisa, mi corazón dio un brinco de alegría.

—¿Isabelle...? ¿Isabelle? —dije casi sin aliento.

Durante un momento reinó un silencio irritante. Luego, una voz cálida que me resultaba muy conocida dijo alargando las palabras:

—No... Soy Julie, lo siento. ¿Hablo con el hombre que hace horas que se fue a tomar un café al Flore y no ha vuelto a aparecer por aquí?

¡Oh, Dios mío, Julie! Me había olvidado de ella por completo.

—¡Julie! Lo siento, Julie... Yo... Ha surgido... ha surgido algo. Escucha, ahora estoy muy ocupado. Tengo que hacer unas llamadas urgentemente. ¡Por favor, no me preguntes nada! Iré lo antes posible.

—¿Qué significa esto, Antoine? —¡Oh, cielos, parecía muy enfadada!—. Escucha, no me interesan nada en absoluto tus aventuras femeninas, pero yo también tengo asuntos que resolver y no me parece bien que me dejes aquí tirada.

—Julie —le rogué—, ¡por favor, sé buena! No quería dejarte tirada, pero ha sucedido algo increíble. He encontrado a la mujer de mi vida, y tenía que llamarla a las tres, pero entonces ha caído una maldita caca de pájaro en la tarjeta y el número se ha borrado, y solo sé su nombre, y todavía tengo que hacer seis llamadas, lo antes posible, si no será demasiado tarde. —Tomé aire después de una frase tan larga—. ¡Me lo juego TODO, Julie! ¿Comprendes?

Mis palabras debieron de sonar muy desesperadas, pues de pronto la voz de Julie se apaciguó.

—Por Dios, Antoine, cálmate —dijo—. Estás de los nervios. —Yo escuchaba por el auricular y asentía mientras iba de un lado a otro frente al banco del parque—. La verdad es que no he entendido todo lo que has dicho, pero será mejor que me lo expliques más tarde. —Oí que suspiraba—. Bueno, si está TODO en juego tendré que ocuparme de esto yo sola. Y tú haz lo que tengas que hacer. ¡Mucha suerte! Lo conseguirás. Y llámame si puedo ayudarte en algo, ¿me oyes?

¡La habría abrazado!

—Gracias, Julie —dije con voz apagada—. Gracias, gracias, querida Julie.

Me permití un instante de emoción, luego volví a apretar las teclas. Julie tenía toda la razón. No podía rendirme, ni siquiera a pesar de que ya eran las tres y media y lo mismo la bella Isabelle ya se había olvidado de mí.

Con el 5 como cifra final contestó un hombre que al parecer estaba más desesperado que yo. Es decir, en realidad no contestó, no dijo su nombre ni nada de eso, simplemente empezó a intentar convencerme con palabras excitadas.

—¿Florence? ¡Florence, escucha! ¡Escúchame, te lo ruego! —gritó en mi oído. ¡Vaya, ese tipo estaba acabado! Yo no era Florence, pero no le di el disgusto. El pánico de su voz despertó mi curiosidad. Debo admitir, no sin sonrojo, que en cierto modo la idea de que yo no fuese el único hombre desgraciado en París me supuso un consuelo.

—Te quiero solo a ti, *ma petite* —le juró el tipo desesperado a su amada—. Deberías saberlo. No cuelgues, por favor... No es lo que estás pensando...

¡Vaya! Esa frase la conocía, porque para mi vergüenza debo reconocer que ya la había pronunciado en alguna que otra ocasión. Era la frase de un hombre que había engañado a su mujer y le habían pillado. Todavía me acordaba muy bien de la atractiva Jeanette, que por desgracia descubrió los sms de Laurence en mi móvil y salió corriendo cuando quise explicarle lo que en realidad no tenía explicación.

Corté la llamada y pensé por primera vez que la frase «No es lo que estás pensando» sonaba bastante ridícula cuando se escuchaba así.

Pensativo, taché el número 5 y anoté: «Tipo mentiroso/Florence».

Tenía la sensación de estar aprendiendo mucho con aquel maratón telefónico. ¿Eran esas tal vez las pruebas que tenía que superar Papageno antes de poder abrazar por fin a su Papagena?

Me volví a sentar un momento en el banco y observé el cielo, en el que las nubes se perseguían unas a otras como los hombres a las mujeres. Hoy yo era cazador y cazado a la vez. Pocas veces me había sentido tan excitado, tan agobiado por la sensación de que iba a perder algo muy importante si no removía cielo y tierra.

Se apoderó de mí una extraña inquietud, como la que te invade cuando presientes que se avecina un cambio radical. Y eso que todo estaba solo en mi cabeza. Todo... excepto la mujer del café, un nombre, un número de teléfono y tres frases completas.

Sentí un ligero mareo, pero tal vez se debiera a que, aparte de un par de mordiscos de cruasán, no había comido nada. Pensé si podía permitirme perder unos valiosos minutos yendo a comprarme una *baguette*, y llegué a la conclusión de que era importante conservar las fuerzas.

¡Quién sabía qué desafíos me depararía todavía el día! Al menos en ese sentido

no andaba descaminado.

Me acerqué al puesto que había en el otro extremo del parque y me compré una *baguette* con jamón y una lata de cola. Luego me encontré mejor. Algo en cierto modo banal, pero a veces son las cosas banales las que sirven de ayuda. Cosas como comer y beber.

Regresé a mi banco y apunté con la lata a una papelera. Si la encestaba, la próxima llamada sería la acertada.

La lata chocó contra el borde de la papelera, se balanceó un instante indecisa y luego cayó dentro.

—¡Sí! —Eufórico, choqué el puño cerrado contra la otra mano.

Eran las cuatro menos cuarto, y yo ya veía mis deseos hechos realidad. Ilusionado, pulsé las teclas del móvil. Ya no tenía ni que mirar la tarjeta emborronada.

El 6 como cifra final me deparó una llamada memorable. Al principio el teléfono sonó un par de veces sin que nadie contestara. Era evidente que no tenía contestador. Ya iba a rendirme cuando alguien descolgó.

Al otro lado de la línea se oyó una respiración pesada.

Apreté la oreja contra el auricular sintiéndome como un *voyeur* que no ve nada. ¿Estaba dando alguien su último suspiro? ¿O había interrumpido una sesión de sexo apasionado del siniestro Snape con la mujer de mis sueños?

La respiración prosiguió. Resultaba de algún modo inquietante.

Esperé unos segundos, luego decidí acabar con los fantasmas.

—¿Hola? —dije con energía.

—¿Dimitri? ¿Dimitri? ¿Eres tú, hijo? —La voz temblorosa de una mujer mayor sonó tan repentina y tan chillona que casi me rompió el tímpano. Me estremecí. Aturdido, me alejé el auricular de la oreja. De verdad, la anciana gritaba como si tuviera que cubrir la distancia entre París y San Petersburgo solo con la potencia de su voz. En cualquier caso, parecía muy animada.

—No, no... No soy Dimitri, soy Antoine —me apresuré a decir, aliviado de que no fuera Snape quien jadeaba al teléfono por motivos amorosos—. Dígame...

—¿Dimitri? —volvió a gritar la anciana sin inmutarse—. ¡Habla más alto, hijo, apenas te oigo! —Tenía un inconfundible acento ruso, y de pronto vi ante mí al espíritu de Anastasia, la hija desaparecida del último zar. Era una anciana de piel arrugada que vivía en su vieja casa de París, con el pelo revuelto y un camisón lleno de puntillas, bebiendo té del samovar y gritando de vez en cuando «¡Dimitri, Dimitri!» por el teléfono.

—Por favor, madame —volví a probar—. No soy Dimitri. Solo quería preguntar...

—¡Aaah, qué bien que hayas llamado! ¿Cuándo vienes, hijo? ¿Habéis tocado ya?

Me alegrro tanto... Tu prima también se alegrra. ¡Todos nos alegrramos!

Era evidente que la anciana estaba loca. O sorda. O las dos cosas a la vez. Pero tal vez fuera el camino para llegar hasta Isabelle. Respiré hondo.

—¡Soy Antoine! —grité lo más fuerte que pude—. ¡ANTOINE! ¡NO DIMITRI! —Hice una pausa confiando en que mis palabras hubieran llegado desde París hasta San Petersburgo.

La anciana guardó silencio. Luego preguntó con desconfianza:

—¿Antoine? ¿Es usted amigo de Dimitri? ¿Vendrá usted también mañana a la boda?

—No... Sí... Yo... —No tenía ningún sentido. Decidí ahorrarme las explicaciones. Solo desconcertarían de forma innecesaria a la vieja Anastasia.

—¿Puedo hablar con Isabelle, por favor? Es urgente —dije muy despacio y acentuando cada sílaba.

La anciana tarareó alegremente el vals de *El Danubio azul* y a mí se me agotó la paciencia.

—¿Vive ahí Isabelle? —grité.

Dejó de oírse el vals.

—¿Isabelle? No, *no* vive aquí —contestó la hija del zar con sequedad—. Y no grite tanto, que no estoy sorda. —Luego volvió sin más a su tema favorito—. Aaah... Dimitri... ¡Me alegro tanto...! Ha encontrado una novia tan guapa... Más guapa aún que la hermosa Basilisa. —Se rio como una niña pequeña—. Toda la orquesta tocará en la boda —dijo con tono soñador. Luego pareció volver a acordarse de mí—: ¿Vendrá usted también a la boda de Dimitri?

—¡No! —grité, y colgué antes de que ella pudiera pronunciar otra vez la palabra Dimitri. Pensé que no tenía sentido que yo apareciera en la boda de Dimitri. Si es que realmente se celebraba y no era un invento de una anciana rusa que estaba mal de la cabeza.

Enfurrñado, cogí mi libreta, taché el número 6 y escribí: «Rusa chocha/Dimitri».

El oráculo de las latas de cola de París no había servido de mucho. En el fondo había sido un fracaso igual que el oráculo de Delfos. En realidad esos estúpidos oráculos no eran de gran ayuda. Al final solo se podía confiar en uno mismo.

El cielo se había nublado. El parque se vació. Entretanto eran ya las cuatro. Y me quedaban aún cuatro intentos.

Llevaba una hora llamando por teléfono a la mujer de mi vida. Una experiencia totalmente nueva. Una experiencia de mierda. Pensé en todas las mujeres que se habían quejado porque yo no les devolvía las llamadas.

Estaba agotado. Resultaba extenuante explorar tantos microcosmos en busca de una supernova.

Marqué el siguiente número. Volvió a contestar una mujer, la voz sonaba juvenil y francesa. Se oía una música de fondo y creí reconocer a Coralie Clément susurrando una cancioncilla.

—¿Sí, dígame?

Dije mi nombre y pregunté si podía hablar con Isabelle.

—No... Soy Natalie.

Habría sido demasiado bonito. Ya me vi tachando el número 7 de mi lista. Pero entonces la chica del teléfono dijo algo que me catapultó de golpe al universo de la felicidad.

—¿Quiere que le dé algún mensaje?

—¿Significa eso que conoce usted a Isabelle? —Estaba tan nervioso que apenas me salía la voz y parecía que graznaba en vez de hablar.

—Sí, claro —contestó sorprendida—. Vivimos juntas, pero ahora no está en casa.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es estupendo! —exclamé casi en éxtasis. Me puse de pie y ejecuté una breve danza. ¡Aquello era *bon*, incluso *su-per-bon*, aquello era lo mejor que me había pasado en mi vida!

—¿Qué es estupendo? ¿Que ella no esté en casa? —preguntó la chica, divertida.

—No, no —me apresuré a responder.

Me sentía tan increíblemente aliviado que le conté a borbotones toda la historia. Las palabras me salían solas de la boca. Le dije que había visto a Isabelle en el café, que me había enamorado de ella al instante, que no me había atrevido a decirle nada, que ella me había dado su número de teléfono y cómo luego yo había tenido muy mala suerte.

—Pero ahora está todo solucionado —concluí mi agitado relato—. Tengo que volver a ver a Isabelle. A ser posible hoy mismo. Usted es su amiga, ayúdeme, por favor.

Natalie pensó un instante. De fondo Coralie Clément cantaba *Samba de mon coeur qui bat*, podía oírlo con claridad. Todo era perfecto. Hasta la música.

—Me temo que no va a ser fácil —dijo por fin Natalie—. Isabelle no estará esta tarde en casa, y mañana se va dos semanas a la playa, a Deauville, a ver a su madre.

Ya me vi en mi coche viajando a toda prisa hasta Deauville. En dos semanas podían suceder muchas cosas. No, en serio, no iba a rendirme tan cerca de la meta.

—¡Venga, Natalie! Tiene que haber algún modo de ver a Isabelle antes de que se marche. ¡Por favor, tenga compasión de un hombre impaciente y enamorado hasta las trancas! —Lo di todo—. Escúcheme, no soy un estúpido seductor que persigue a su amiga. ¡Piense que ella misma me dio su número de teléfono! ¡Soy librero, tengo un domicilio fijo, unos ingresos asegurados, lo digo en serio!

Oí cómo se reía. Luego dudó un instante, y yo recé para que se pusiera de mi parte.

—Está bien, Antoine —dijo finalmente—. Es usted capaz de ablandar hasta las piedras. De momento no puedo hablar con Isabelle porque tiene el móvil estropeado, pero le creo. Y ha tenido usted suerte en la desgracia. He quedado dentro de un rato con Isabelle en el Musée Rodin. Puede usted venir y contarle por sí mismo su conmovedora historia.

¡Las mujeres son unas criaturas maravillosas!

—¡Iré! —exclamé—. ¿A qué hora?

—A las cinco afuera, en el jardín. En *El pensador*. À tout à l'heure!

Colgó. Yo cerré los ojos un instante y respiré hondo. Luego cerré mi libreta, me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y eché a andar.

Cuando abandoné las Tullerías en dirección al Sena empezaba a caer una fina lluvia. Todo me parecía maravilloso. El Musée Rodin estaba en la otra orilla, en Faubourg Saint-Germain, el distrito gubernamental. Podía llegar tranquilamente andando, sin tener que correr. Sacudí la cabeza. ¡Cuando se lo contara a Nathan...!

Eran las cuatro y diez y mi búsqueda había finalizado. La mujer de mi vida me esperaba en un jardín lleno de esculturas situado a tiro de piedra.

¿Tengo que decir lo feliz que me sentía?

## 6

Con una sonrisa en los labios crucé el Pont Royal y llegué de nuevo a la orilla izquierda del Sena. Conocía bien el Musée Rodin. Hacía poco que había estado allí en una exposición. Dibujos eróticos de Rodin. Debo admitir que no me gustaron tanto como esperaba. Pero el museo me gustaba mucho. Las maravillosas esculturas de Rodin y su desdichada amante Camille Claudel me conmovían cada vez que las veía. Cuántas veces había admirado a la bella Danaide, una de mis esculturas favoritas, una figura desnuda yacente, de mármol blanco, que uno desea que adquiriera vida de repente, que se convierta en una mujer de carne y hueso porque posee una gran belleza, con su larga cabellera echada por encima de la cabeza y una espalda perfecta que termina en un trasero exquisito. Enseguida tuve de nuevo la imagen de Isabelle ante mis ojos. Danaide había cobrado vida. Me imaginé la piel sedosa de Isabelle bajo el vestido negro y la cabeza empezó a darme vueltas. París puede producir mareos, sobre todo cuando se está enamorado.

Giré por la Rue du Bac, tuve que esperar en un semáforo en rojo para cruzar el animado Boulevard Saint-Germain, y luego continué por la Rue du Bac.

Pensé por qué iría Isabelle al museo. ¿Así sin más? ¿O tenía algo que ver con el arte? Me acordé de su original collar y de pronto tuve que reírme de mí mismo. ¡Dios mío, pocas veces en mi vida había observado a una mujer con tanto detalle! En cualquier caso, me parecía demasiado mayor y demasiado bien vestida para ser estudiante.

Enseguida llegué a la Rue de Grenelle, que cruza la Rue du Bac. Mis pasos resonaban en el pavimento mientras pasaba por delante de los viejos edificios. Allí vivían las familias más antiguas de la nobleza francesa.

Hay días en que uno se siente muy solo en esas calles. Los turistas apenas se pierden por ellas. París es muy tranquilo allí. Las tiendas de antigüedades conviven pacíficamente con panaderías y *traiteurs* en los que a mediodía se puede tomar pollo guisado con endibias y una buena copa de vino tinto por un precio razonable.

Poco antes del Musée Maillol, un coqueto pero pequeño museo que es fácil pasar por alto cuando no se conoce, pasé por una diminuta floristería. Me detuve un instante y noté el olor fresco y húmedo. Olía a abril, lo juro. En los jarrones azul oscuro que estaban colocados en escalera a ambos lados de la tienda casi cuadrada había hortensias violetas y azules, rosas de todos los colores, delicados ranúnculos, nomeolvides azul claro y esbeltos tulipanes con gigantescas corolas.

Tras una mesa de pulida madera marrón oscuro que estaba frente a la puerta había una mujer de cierta edad con el pelo recogido que me sonrió.

Seguí la sonrisa y entré. ¿No sería un bonito gesto llevarle a Isabelle unas flores... como disculpa, por así decirlo, por no haberla llamado a la hora que me dijo?

Nathan dice siempre que se pueden hacer muchas cosas mal con las mujeres, pero nunca cuando llevas unas flores. Él debe de saberlo, al fin y al cabo es psicólogo, y todas las mujeres lo adoran. No sé cómo lo hace, pero yo todavía no he oído a ninguna mujer hablar mal de Nathan, y eso que él tampoco es perfecto.

—*C'est pour une femme?* —quiso saber la florista cuando me vio indeciso ante los jarrones de flores.

Sí, las flores eran para una mujer, para una mujer muy especial. Le pedí que me hiciera un bonito ramo de rosas, ranúnculos y nomeolvides y me admiró la habilidad con que la vendedora envolvió el fragante *bouquet* en un grueso papel azul cielo. Hizo con el papel un cucurucho alargado y pegó los extremos con una etiqueta dorada.

Me disponía a pagar, cuando pensé que sería un bonito detalle llevarle también un ramo a Natalie, mi cómplice desconocida. En realidad tenía que estarle agradecido.

—Sí... ahora necesito también *otro* ramo —le dije a la asombrada florista.

—¿También para una mujer? —preguntó levantando la ceja izquierda. Conocía muy bien la situación.

—Eh... sí —contesté sin poder evitar sonrojarme. Me estaba convirtiendo en un quinceañero. Pero así es el amor. Ya se puede haber vivido mucho, que cuando a uno le toca de verdad resulta tan excitante como la primera vez.

—Son... eh... hermanas —añadí sin necesidad mientras ella escogía las flores en los jarrones.

Probablemente me tomara por un donjuán, pero en cualquier caso también preparó el segundo ramo con gran delicadeza.

Pagué, y ella me puso los dos ramos en las manos haciéndome un guiño.

—*Bonne chance* —dijo. ¡Mucha suerte!

Y así, salí al sol, que entretanto se había abierto paso entre las nubes. Iba armado con rosas y ranúnculos, impulsado por los buenos deseos de una florista y llevado por la sensación de que, merecida o inmerecidamente, la vida me sonreía.

Cuando giré por la Rue de Varenne, al final de la cual se encuentra el Musée Rodin, se veía ya desde lejos la cola que había delante de la entrada. Estaba claro que o el museo era más popular de lo que yo pensaba o un guía turístico hacía una visita con un grupo. ¡Eran las cinco menos diez, tenía que darme prisa!

Normalmente para la puntualidad soy como un inglés. Pero hoy no era un día normal y en ningún caso quería hacer esperar a mi preciosidad por segunda vez. Así que avancé a lo largo de la cola, me acerqué a la taquilla con decisión, ignorando las miradas malvadas, y dije que había quedado en el jardín del museo, que solo quería entregar una cosa, lo que no era mentira, y que por eso tenía que entrar en el museo *inmediatamente*.

El hombre de la taquilla sonrió al ver los dos ramos de flores y me dejó pasar sin ni siquiera coger el billete que yo le tendía. A veces es una ventaja hablar francés fluido. Sobre todo en París.

Nervioso, recorrí el jardín del museo y me situé delante de *El pensador*, que reflexionaba sin cansarse jamás a la sombra de los cipreses recortados. Tras la figura sedente, que sobre su zócalo era la imagen de la tranquilidad, se alzaba la cúpula dorada de los Inválidos. Brillaba al sol, una auténtica joya, aunque resulta comprensible que en ese momento no le dijera nada a Antoine Bellier, que era la imagen de la intranquilidad.

La verdad es que debía tener una pinta bastante cómica, ahí plantado con mis dos ramos de flores, los rizos castaños mojados por la lluvia, mis ojos azules inspeccionando nerviosos el jardín y mi corazón latiendo con fuerza.

Eran las cinco en punto. Una pareja de ancianos japoneses se acercó sonriente y preguntó si podía hacerles una foto. *Could you take a photo, please? With the sculpture?*

Sí, claro que saldría el maldito pensador. Con una sonrisa forzada, cogí la cámara y me alejé unos pasos. Hice las dos fotos más rápidas de mi vida y despedí impaciente a la pareja del país del *sushi*. Ellos no dejaban de darme las gracias. Dos minutos más tarde volvía a estar en mi sitio. Pero no se veía por ningún lado a una mujer con el pelo del color de la miel.

—Parece que está usted esperando a alguien —dijo una voz clara a mi espalda.

Llevaba un cuarto de hora aguardando junto a la escultura de Rodin sin moverme. Era como en ese juego infantil en el que no te puedes mover hasta que otro niño deshace el hechizo. Casi me había convertido yo también en una estatua. *El esperador*.

Me volví. Ante mí había una chica alta. La melena de rizos castaños le llegaba

casi hasta la cintura y enmarcaba una cara en forma de corazón desde la que unos ojos de gato verdes me observaban con curiosidad. La chica sonrió y echó hacia atrás un extremo de la bufanda de colores que llevaba alrededor del cuello.

—Soy Natalie —dijo, y me tendió la mano—. Y usted es el impaciente Antoine, ¿verdad? —Mascaba un chicle con desgana. Me habría gustado responder algo ingenioso. Las chicas guapas siempre me sirven de inspiración. Pero en vez de eso me limité a asentir con alivio. Para ser sincero, la espera me había dejado sin fuerzas.

—Sí, soy yo —dije con humildad—. Gracias por haber venido.

Sujeté los dos ramos debajo del brazo y le di la mano.

—¡Vale! —respondió ella. Siguió mascando y ladeó un poco la cabeza. Era sexy, y no me habría sorprendido que de pronto hubiera hecho un globo con el chicle, dejando luego que le explotara delante de los labios.

Era bastante joven, como mucho debía de estar a mitad de la veintena, y los vaqueros desteñidos y el jersey verde hacían que tuviera aspecto de estudiante. Una explosiva chica con el pelo castaño de la que Nathan diría chascando la lengua: «*Oh, là, là!* ¡Esta chica tiene algo!».

—¿Qué llevas ahí? —preguntó mirando los dos paquetes azul cielo que se me iban escurriendo bajo el brazo—. Te llamo de tú, ¿vale?

«Vale» parecía ser su palabra favorita.

—Sí... claro —contesté apurado. Cogí uno de los dos ramos, el de los tulipanes, y se lo puse delante de la cara—. Son para ti, gracias otra vez.

¡Dios mío, he mantenido conversaciones más inspiradas! Cada vez me estaba poniendo más nervioso. ¿Dónde se había metido Isabelle? Noté que mi corazón empezaba a acelerarse otra vez.

—¡Oh, eres un encanto! —dijo Natalie con amabilidad. Notó que yo miraba nervioso alrededor.

—Isabelle espera allí detrás. —Señaló en dirección a la cafetería y sonrió con gesto de complicidad—. Yo soy su avanzadilla, por así decirlo. Ya sabes, hay tipos raros por todas partes. ¡Ven!

Se colgó de mi brazo y empezó a hablarme con su voz cálida. Al parecer la bella Isabelle no recordaba haberme dado su número de teléfono.

A mí me pareció raro. Hacía solo unas horas que me había dado la tarjeta. ¿Tendría Alzheimer? ¿O era todo un juego? Pensé un instante y llegué a la conclusión de que mi preciosidad había fingido sorpresa porque no quería que su amiga la tomara por una de esas chicas que van por los cafés dando su número de teléfono a tipos desconocidos.

—Por otro lado —prosiguió mi acompañante—, los estudiantes siempre están intercambiando teléfonos y probablemente a Isabelle se le había olvidado que me había dado el suyo.

Se rio y a mí se me cayó el alma a los pies.

En cualquier caso, cuando ya en el museo Natalie le habló de mi llamada, Isabelle sintió mucha curiosidad. Y le pareció bien que me hubiera hecho ir hasta allí.

—Quiero decir —dijo Natalie concluyendo el relato y sacudiendo su melena rizada—, ¿cuántas veces dice un hombre que una es la mujer de su vida? De verdad, hoy la mayoría de los tipos no se quieren comprometer. Le he dicho a Isabelle: «Eh, ese tipo es legal, ¿vale? Al menos deberías echarle un vistazo...».

Se detuvo de pronto.

—*Et voilà!* —exclamó con tono triunfal—. La bella Isabelle. El enamorado Antoine.

Casi me da un patatús. Se me cayó el mundo encima. Me arrasó un tsunami.

Ante mí había una joven apoyada en la pared. Era rubia y se llamaba Isabelle. Pero ahí se acababan todos los parecidos.

Defraudado, solté todo el aire que tenía dentro.

La falsa Isabelle me miró y arrugó la frente con gesto pensativo.

—*Salut*, Antoine —dijo vacilante—. ¿Nos conocemos?

Natalie nos miraba a uno y otro alternativamente con cara de asombro.

Sacudí la cabeza con desesperación y solté un gemido.

No, esa no era la Isabelle que yo buscaba, mi reina de Saba, la mujer de los ojos dorados y la boca roja y perfecta.

Esta era una estudiante con flequillo que casualmente se llamaba también Isabelle. Una chica pecosa y mona, con una cara delicada, menuda, casi flaca, del tipo de Jean Seberg.

Tragué saliva.

—Esta no es la auténtica Isabelle —dije casi sin voz y dirigiéndome a Natalie—. Lo siento. —Mis palabras cayeron pesadas como piedras. Estaba verdaderamente trastornado, no puedo expresarlo de otro modo. ¡Maldita sea, aquello no era justo! Me había acercado tanto a mi objetivo, y ahora este se había alejado otra vez. Tendría que empezar de nuevo, y había perdido un tiempo valiosísimo. Me habría echado a llorar. Pero me limité a cerrar el puño en silencio y a apretarlo lo más fuerte que pude contra mi frente.

Del susto, Natalie había dejado de mascar chicle. Captó lo trágico del momento con una sensibilidad casi empática.

—¡Oh, vaya! —fue lo único que pudo decir—. ¡Oh, vaya!

Luego, algo confusa, me agarró del brazo, que apenas sentí como mío.

—*Merde*, lo siento muchísimo, Antoine —dijo, y siguió mascando chicle—. Lo siento taaaanto. Ya pensaba que... —Hizo una pausa—. Bueno, venga, vamos a tomar algo, ¿vale? —Me miró con gesto interrogante.

Yo hice un esfuerzo por esbozar una sonrisa.

—Vale —contesté, hablando sin querer como ella—. Eres muy amable, pero... será mejor que siga buscando. Ya no tengo muchas esperanzas. —Me iba a despedir de las dos chicas, que me miraban con compasión, cuando se me ocurrió una idea.

—Toma —dije, y le entregué a la falsa Isabelle el ramo de flores que había comprado para la mujer de mi vida—. No te lo tomes a mal.

¡Qué alegres asomaban las rosas, los ranúnculos y los nomeolvides sobre el papel azul cielo! ¡Como si todo hubiera salido bien! La naturaleza se mantiene siempre inalterable, independientemente de que uno se encuentre bien o mal. «Salvo en las novelas del siglo XIX», se me ocurrió de pronto, sorprendiéndome de mis propios pensamientos. En ellas la naturaleza siempre refleja el estado de ánimo del protagonista.

Si estuviéramos en una de esas novelas el cielo se habría nublado por completo, pero aquí el sol seguía luciendo como si nada.

Isabelle me dio las gracias. Natalie me dio una palmadita de ánimo en la espalda.

—¡Vamos, Antoine! Lo conseguirás. Ya sabes, el que la sigue la consigue.

Estaba muy guapa, con sus ojos verdes y el sol reflejado en su pelo largo. Tal vez podría haberme enamorado de ella si no tuviera la imagen de Isabelle grabada de forma imborrable en mi retina.

—Llámanos si necesitas nuestra ayuda. Nos gustaría tener noticias tuyas, ¿vale? —Sonrió y me hizo un gesto muy elocuente—. Ya tienes nuestro número.

Asentí y me quedé mirando cómo se alejaban las dos amigas, que ahora charlaban animadamente.

De pronto, Natalie se volvió.

—¡Eh, Antoine... Antoine! —gritó—. ¡Tú también nos pareces muy amable!

La saludé con la mano. Luego desaparecieron y yo me quedé otra vez solo.

Poco a poco el museo fue quedándose vacío. En el jardín reinaba el silencio. Eran las seis menos cuarto. Me dirigí cabizbajo hacia *Los burgueses de Calais* y me situé junto al triste grupo que representaba la resistencia del pueblo francés frente a la injusticia del mundo.

El lugar adecuado para hacer las tres últimas llamadas telefónicas que me quedaban, pensé con amargura. Después de aquel fracaso me costaba seguir adelante como si nada. ¿Por qué no podía haber sido la verdadera Isabelle?

*Antoine, no te hundas ahora compadeciéndote de ti mismo, haz un esfuerzo.*

Levanté la mirada. ¿Me había hablado uno de los burgueses?

Suspirando, saqué mi libreta. Dibujé muy despacio un 7 y a continuación escribí: «Falsa Isabelle/Fracaso». Luego taché esas palabras y anoté: «Natalie/Agradable».

Cuando cogí el móvil vi un sobrecito en la pantalla. Tenía un mensaje. Era de Nathan.

*No he podido localizarte. ¿Sigues en pie lo de esta noche? A las nueve en el Bilboquet. N.*

Le contesté con brevedad.

*O a las nueve en el Bilboquet o te llamo. Tengo algo que contarte. Antoine.*

Después de todo, tenía un amigo. Me consolaba la idea de al menos poder ver hoy a Nathan. Y quién sabía si en los próximos minutos todavía no cambiaría todo para bien. Animado, marqué el siguiente número. El octavo.

Esta vez fue todo muy rápido. Una voz automática de la compañía telefónica me explicó con indiferencia que el número marcado estaba fuera de servicio. *Ce numero n'est pas en service...*

*Merde!* Bueno, al menos eso no tenía vuelta de hoja.

Colgué y enseguida probé con el 9.

—*Allooo?* Aquí Rüdi's, ¿en qué puedo ayudarle? —susurró una voz de hombre en mi oído.

¡Ese no podía ser en ningún caso el gigantón del Café de Flore!

—¿Con quién hablo, por favor? —pregunté confuso. ¿Era aquel el lugar de trabajo de Isabelle?

—Habla usted con Rüdi, ¿en qué puedo ayudarle? —volvió a preguntar la voz. Sonaba claramente amable y, en cierto modo, afectada.

—Eh... Soy... Antoine... —En el último momento decidí omitir el «Bellier». En realidad el apellido no servía de nada—. Puedo... —Decidí ir directamente al grano—. ¿Puedo hablar con Isabelle?

—¡Ooooh! —La voz de Rüdi sonó compungida—. Lo siento, Isabelle ya no trabaja con nosotros.

—¡Vaya mierda! —se me escapó—. ¿Quiere decir...?

—¡Un momento, un momento! Déjeme ver...

Oí unas páginas que se movían y confié en que Rüdi estuviera buscando el número privado de Isabelle.

—Aaah... *parfait* —susurró. Estaba claro que Rüdi había encontrado el número—. ¿Sigue ahí, monsieur Antoine? ¿Por qué no prueba con Marianne? También puedo recomendársela. Y tiene horas libres la semana que viene —añadió.

¡Me quedé mudo! ¿Qué tipo de trabajo era *ese*? ¿Un salón de masajes? ¿Saludos desde el Moulin Rouge? De pronto vi ante mí rubias medio desnudas que se desparramaban sobre pieles de osos, estrujaban sus enormes pechos entre sus manos y me susurraban entre gemidos: «¡Llámame!». ¿Es que al final iba a resultar que la mujer de mi vida era una de esas? ¡No, imposible! Aunque...

De pronto me entraron las dudas. ¿No era un poco raro que Isabelle me hubiera dado su número de teléfono así sin más, a mí, un desconocido? Y su nombre. Sin decir una sola palabra. A escondidas. A espaldas de su acompañante.

Está claro que todos los hombres sueñan con que les pase algo así alguna vez en su vida, pero en realidad yo no conocía a nadie a quien que le hubiera ocurrido. Ninguna mujer sería hace una cosa así.

Noté que me mareaba y me apoyé en uno de los burgueses de Calais. ¡Cómo podía haber sido tan ingenuo! Por otro lado... si ella ya no trabajaba... allí... ¿por qué me había dado ese número de teléfono?

—*Allooo?* —volvió a decir Rüdi—. ¿Sigue usted ahí?

Ante mis ojos los arbolitos del jardín del museo empezaron a girar en una curiosa danza.

—Eh... Sí... —respondí indeciso. Para ser sincero, ya ni siquiera sabía si seguía ahí.

—*Alors*, ¿qué me dice, quiere una cita con Marianne o no? —Rüdi empezaba a impacientarse.

Guardé silencio. Quería ver a la Isabelle del café. La que había escrito en una tarjetita blanca: «Ha estado todo el tiempo sujetando el libro al revés...».

Rüdi suspiró por el auricular. Era evidente que estaba acostumbrado a tratar con clientes difíciles.

—Monsieur, tiene que confiar en nosotros —dijo—. Marianne es nueva, pero tiene muy buenas manos. Si tiene usted algún deseo especial, díganoslo.

¿Muy buenas manos? ¿Deseos especiales? Me reí. Todo aquello sonaba un poco absurdo.

—¿Qué va a querer que le hagan? —Al parecer Rüdi había interpretado mi reacción como un sí y empezó a enumerar los diversos servicios del salón—. ¿Cortar? ¿Teñir? ¿Mechas? ¿O quiere un cambio total de imagen? —Hizo una breve pausa antes de añadir en tono serio—: Hacemos de todo menos rastas. Las detesto, destrozan el pelo. Y ya no se llevan...

Mi cerebro tardó unos segundos en integrar las palabras en el contexto adecuado.

—¡Dios mío! ¿He llamado a una peluquería? —pregunté atónito.

—*Mais oui, monsieur*. ¿Qué había pensado? —Rüdi parecía ofendido.

—Pensé... Bah, olvídalo, soy un idiota —respondí con alivio.

Rüdi soltó un pequeño sonido de reproche.

—Eso parece, si me lo permite —dijo mordaz—. Parece algo confundido, monsieur.

—Escuche, ha habido un malentendido, de momento no necesito que me dé ninguna cita —expliqué al mosqueado peluquero—. Estoy buscando a una mujer que se llama Isabelle y me ha dado su número de teléfono. —¿Cuántas Isabelle habría en París?—. Es rubia, tiene unos treinta años y ojos castaños. ¿Podría ser la Isabelle que trabajaba con ustedes? —Esperé con expectación.

Rüdi soltó una risa indignada.

—*Mon Dieu! Non!* ¡Isabelle era nuestra *Grand Dame!* ¡De ojos azul hielo y pelo plateado! Aaaah... Está *fantastique* para su edad... Pero tiene más de sesenta años. Por eso ha dejado de trabajar con nosotros. Quería disfrutar de la vida.

—Sí, lo comprendo. —Asentí entusiasmado. Estaba tan contento por la rehabilitación de mi Isabelle que acepté casi con agrado que la Isabelle de la peluquería que quería disfrutar de una merecida jubilación no fuera la Isabelle del Café de Flore—. Todos deberíamos poder disfrutar un poco de nuestra propia vida, ¿verdad? —concluí en tono conciliador.

—Usted lo ha dicho —replicó Rüdi—. Bueno... a mí me gustaría aprovechar *este* día. Y por eso debemos poner fin a nuestra conversación. *Bonne journée!*

—*Bonne journée!* —dije—. Y cuando necesite un nuevo look, seguro que iré a verlos a ustedes.

—No es necesario —contestó el mejor peluquero de París—. Limítese a no volver a llamar.

Escuché un ruido. Rüdi, de Rüdi's Salon, había colgado.

Casi las seis. El jardín del museo estaba vacío. Me había quedado solo con las esculturas. Casi formaba parte de *Los burgueses de Calais*. Pero solo casi.

Cuando estaba a punto de añadir la anotación en mi libreta para hacer la última de las llamadas, alguien me dio unos golpecitos en el hombro. Por un momento pensé que era uno de los burgueses y, con un susto de muerte, me estremecí.

—Monsieur, hace diez minutos que hemos cerrado.

Un vigilante del museo me miraba con gesto muy serio. ¿Pensaría que me había escondido allí para pasar la noche en el museo? ¿O para saquearlo?

—*Mon Dieu!* —exclamé asombrado. Miré el reloj y fingí sorprenderme. ¡Como si no llevara desde el mediodía mirando el reloj cada media hora!—. ¡Cómo vuela el tiempo! —Sí, cómo volaba el maldito tiempo, muchas veces mi valioso aliado, hoy mi peor enemigo—. No me había dado cuenta de que es tan tarde —seguí mintiendo con una sonrisa.

Guardé la libreta y dibujé en el aire un movimiento amplio con el brazo.

—*Adoro* este jardín —exclamé con entusiasmo—. ¡Todas estas esculturas tan maravillosas!

—Puede usted venir mañana temprano —dijo el vigilante del museo sin inmutarse. Probablemente estaba acostumbrado a ver fanáticos del arte procedentes de todos los países del mundo. En cualquier caso, no compartía mi entusiasmo.

Tal vez, se me pasó por la cabeza, en los museos contratan solo vigilantes a los que no les interese demasiado el arte, para reducir en lo posible el riesgo de que se produzcan robos.

—Abrimos a las nueve y media —prosiguió el hombre, y me acompañó personalmente hasta la salida. Tuve la impresión de que no se fiaba del todo de mí.

Así, a las seis y tres minutos estaba otra vez en la Rue de Varenne, solo con mi móvil y una última oportunidad de hablar por fin con Isabelle por teléfono. Dudando si debía hacer esa importante llamada en plena calle, avancé unos pasos y giré por la Rue de Bourgogne. Encontré un pequeño café tranquilo, pedí un vino tinto y esperé a que el camarero me trajera la copa. Di un sorbo para animarme. Por un lado tenía todavía cierta esperanza, pero por otro lado no veía muchas posibilidades de éxito.

Indeciso, sujeté el móvil negro en las manos.

Solo me quedaba un número, así que ese *tenía* que ser el correcto. Pero por otro lado... ¿qué probabilidad había de que después de nueve llamadas ese fuera por fin el número premiado?

El instante adquirió la importancia del primer aterrizaje en la luna. Marqué con respeto el último número —el que acababa en 0— y contuve la respiración.

Sonó un par de veces, luego se oyeron unos ruidos cuando alguien descolgó.

—*Ouais?* —ladró alguien en el auricular. La voz resonaba como en una habitación vacía. Era una voz masculina que me hizo pensar en un pescador bretón.

¿Qué tenía que perder?

—Disculpe, pero... ¿conoce usted por casualidad a Isabelle? —pregunté sin más preámbulos.

—¿Isabelle? —Pareció quedarse pensativo—. *J'ai pas!*

Sonó como «Yeppá», y esa breve exclamación me hizo suponer que no conocía a ninguna Isabelle. Decidí hacer un último intento.

—¿Con quién hablo, por favor?

—Esta es la Boucherie Duchaîne —retumbó la voz, y el pescador bretón se transformó de golpe en un corpulento carnicero con un mandil de rayas azules y blancas, con el pelo negro y brillante peinado hacia atrás y unas enormes manos rojas que sujetaban un cuchillo cubierto de sangre—. ¿Es en relación con algún pedido? —preguntó monsieur Duchaîne en mi particular pesadilla, y sus palabras produjeron eco en la pared cubierta de baldosines blancos de la carnicería, donde cerdos enteros colgaban cabeza abajo en ganchos metálicos que brotaban del techo.

Me estremecí.

—No, no —me apresuré a responder—. Estoy buscando... a una mujer...

El carnicero soltó una risotada. Sonó siniestra.

—*Ouais, ouais, monsieur.* ¡Como todos!

Era evidente que existía un humor especial de carnicero que yo hasta entonces no conocía.

—¿Pero una mujer? Aquí no la va a encontrar —siguió riéndose el carnicero—. Aquí solo hay cerdos... vacas... corderos... Todos muy frescos... —De fondo se oían golpes de cuchillo. Empezaba a encontrarme mal, y de pronto me acordé del *steak au poivre* que me había comido la noche anterior sin detenerme siquiera a pensar en el animal muerto.

—Entonces me he equivocado de número —dije, pensando por un instante si debía hacerme vegetariano. Giselle, una antigua novia, siempre decía con un cierto tono de asco: «Yo no como animales muertos». Y yo solía reírme.

—*Ouais, ouais, monsieur.* Eso parece —atronó la voz cantarina en mi oído. El carnicero era un hombre feliz. Y, sin duda, una de las pocas personas que no tenían prisa.

—Puedo ofrecerle paletillas de cordero, lomo de cerdo y un solomillo de ternera de primera, todo muy bueno... Pero una mujer... no la va a encontrar aquí.

Le di las gracias y colgué.

Esa había sido mi superoportunidad, la coronación de mi búsqueda telefónica, que debía haberme conducido hasta la mujer de mi vida. ¡Una carnicería!

¿Quién estaba jugando ese pérfido juego conmigo? No existía ningún Dios, eso

estaba claro, y si existía no era nada bondadoso.

Me haría vegetariano. ¡Y agnóstico! Lo uno era como lo otro.

Me bebí el vino de un trago y me permití una sonrisa cínica antes de volver a abrir mi libreta. Anoté las últimas llamadas.

Luego me quedé mirando la lista, pensativo.

«Vamos, Antoine —me dije—, ayúdate a ti mismo, y luego Dios te ayudará. ¡Sé un buen detective! ¡Sé como Sam Spade!». Entonces me acordé de que nunca había entendido *El halcón maltés*. Daba igual. Eché un vistazo a mis anotaciones.

¿Se me había pasado algún detalle importante?

Llamada 1 Contestador/Dejo mensaje

Llamada 2 Bruja histérica

Llamada 3 Niña/Marido celoso

Llamada 4 Mme. Céline Dubois

Llamada 5 Tipo mentiroso/Florence

Llamada 6 Rusa chocha/Dimitri

Llamada 7 Natalie/Agradable

Llamada 8 Fuera de servicio

Llamada 9 Rüdi's Salon

Llamada 10 Boucherie Duchaine

Suspiré. Tal como estaban las cosas, y suponiendo que ninguna de las personas con las que había hablado me hubiese mentido, solo un número me hacía albergar todavía cierta esperanza. Y ese era el primero.

La carnicería quedaba descartada, lo mismo que el afectado Rüdi con su Isabelle de pelo plateado ya jubilada; si un número está fuera de servicio es que está fuera de servicio; Natalie era súper amable, pero no era Isabelle; y la falsa Isabelle solo se llamaba así.

La rusa chiflada que no paraba de llamar a gritos a Dimitri era una pista tan poco fiable como el tipo que había engañado a su Florence y rogaba compasión.

Madame Dubois era una buena conversadora telefónica, pero tampoco era la persona que yo buscaba, y si hubiera conocido a una Isabelle seguro que me lo habría dicho.

La pequeña Marie no sabía el nombre de su madre, pero el marido me había dejado bien claro que su esposa no era la mujer que yo andaba buscando. Y la bruja de la segunda llamada, que veía cosas terribles por todas partes, no era ni por asomo la persona que yo intentaba localizar. Así que solo quedaba el contestador automático, concluí con gran agudeza.

Volví a marcar el primer número de todos. Dios mío, ¿cuántos años habían pasado

desde que marqué ese número por primera vez?

De nuevo —¿cómo iba a ser de otra forma?— sonó la maldita voz automática, una voz que no dejaba adivinar si era la de Isabel porque quienquiera-que-fuera no había hecho su propia grabación. ¡Se acabó!

Pagué y me puse de pie. Eran las seis y media, y ya no sabía qué hacer.

Abatido, eché a andar por la Rue de Grenelle. En las últimas horas había recorrido toda la escala de sentimientos humanos, y de pronto me sentí totalmente vacío. Pensé en ir directamente a casa y refugiarme en mi dolor. Créanme, resulta muy duro para un hombre poner todo su empeño en algo y al final no conseguir nada. ¿Había llegado al final de mi pequeña historia antes de que en realidad hubiera comenzado? ¿No iba a quedarme del amor de mi vida nada más que unas miradas sugerentes, una sonrisa y una tarjeta emborronada?

Seguí avanzando por la calle, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, un triste James Dean... Bueno, no tan fotogénico. Hacía mucho tiempo que no había recorrido tantos kilómetros a pie como ese día. A pesar de todo me sentó bien seguir andando y andando.

La Rue de Grenelle se fue acercando a la Rue de Rennes, una animada calle comercial que va directa hasta la negra Tour Montparnasse, el rascacielos más espantoso de París, pero con unas vistas espectaculares. Y poco a poco fueron volviendo otra vez las ideas a mi cabeza.

¿Qué iba a hacer en casa, donde no me esperaba nada aparte de tres tomates en la nevera? Crucé la Rue de Rennes y decidí regresar a la librería. Faltaba poco para las siete y seguro que Julie seguía allí todavía.

¡Ay, la buena de Julie! Sabía poner orden en el caos. Hay personas a cuyo lado uno tiene la sensación de que de pronto todo resulta más fácil. Julie era una de esas personas, y aunque yo nunca podría enamorarme de ella, en ese trágico momento de mi vida pensé en ella casi con demasiado cariño y agradecimiento. «*Il faut dedramatiser*» era una de sus frases favoritas en situaciones de crisis. No había que hacer ningún drama de nada. Cuando, por ejemplo, hace dos años mi coche dio su último suspiro y yo me llevé un disgusto enorme, ella dijo: «¡Antoine, *solo* es un coche!». Y aunque parezca una tontería, eso me ayudó.

Sí, iría a la librería. Además, le debía una explicación a Julie. Aunque, para ser sincero, esperaba que mi inteligente amiga tuviera no solo comprensión, sino también un consejo para mí.

Al fin y al cabo ella era quien día a día sacaba un consejo de entre los estantes cuando había que ayudar a una persona desdichada, insatisfecha o que necesitaba apoyo.

Abrí con impulso la pesada puerta de cristal de la Librairie du Soleil. Julie seguía allí todavía. Estaba sentada detrás del ordenador y levantó la mirada al oír la campanilla de la entrada.

—¡Antoine! —exclamó—. ¡El hijo pródigo vuelve a casa! Ya no contaba contigo

esta tarde.

—¡Ay, Julie, si tú supieras...! —me limité a decir.

Ella se puso de pie, se estiró la falda, que se le había subido ligeramente, se acercó a mí y me observó con ojos escrutadores.

—¡Cielo santo! ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó en tono compasivo—. Es como si te hubiera pasado por encima un camión.

—Imagínate, justo así es como me siento. —Me desplomé en una silla con un gemido.

—¿No ha salido bien lo de la mujer de tu vida? —Julie acercó una escalerilla de madera y se sentó en el último escalón.

Yo sacudí la cabeza.

—Todo ha sido una mierda —dije con voz apagada.

—Sí, ya sé... una caca de pájaro —añadió ella sonriendo—. Escucha, Antoine, tienes un aspecto horrible. Vamos, arréglate un poco. Prepararé un buen té y así podrás contármelo todo con tranquilidad.

Solté un suspiro. Conozco los «buenos tés» de Julie. Son infusiones de hierbas con nombres tan sugerentes como «Oasis de la tranquilidad» o «Atardecer en el paraíso». Solo con mucha suerte se podía tomar uno un *thé au citron* normal.

Sinceramente, yo no soy muy amigo del té, pero en ese momento probablemente habría aceptado cualquier cosa que Julie me hubiera ofrecido. Si hubiera dicho: «Venga, vamos a hacer primero unos ejercicios de yoga» o «Venga, vamos a fumarnos primero un canuto», yo me habría limitado a asentir, porque las palabras «venga» y «primero» sonaban en mis oídos increíblemente tranquilizadoras e implicaban que después todo saldría bien.

Así que asentí y me dirigí al lavabo que hay en la parte trasera de la librería. Cuando vi el váter, de pronto tuve que orinar con urgencia. ¡Ni siquiera para eso había tenido tiempo!

Me lavé las manos, me eché un poco de agua por la cara, me alisé el pelo y me miré en el pequeño espejo que había sobre el lavabo. Me quedé horrorizado. Los ojos encendidos de un loco me devolvieron la mirada. ¡Dios mío, Julie tenía razón! Parecía realmente que me había pasado por encima no un camión, sino un tanque. Había tenido momentos mejores, sin duda, y tampoco había pasado tanto tiempo desde entonces... unas horas, para ser exacto. Antes de ver a Isabelle y empezar a remover cielo y tierra y a llamar por teléfono a personas completamente desconocidas.

—*Ça va, Antoine?* ¿Todo bien? —gritó Julie desde la pequeña cocina.

—¡Sí, claro! —respondí. No tenía nada claro, pero ya me sentía algo mejor.

Un minuto más tarde tenía en la mano una taza humeante de té y bebía a pequeños sorbos un brebaje que supuse que era una infusión de hierbabuena.

Julie había cerrado la puerta de la tienda y escuchaba mi triste historia con paciencia. Mi autoacusación, todos los intentos fallidos, la pista falsa que me había llevado hasta el Musée Rodin, el número que quedaba, en el que solo se oía un contestador. Las esperanzas infundadas de que Isabelle me devolvería la llamada al móvil si resultaba que ese era su número en realidad.

Cuando acabé mi relato, Julie me observó un instante en silencio. Eran las ocho menos cuarto, y pensé que iba a citar de nuevo su frase desdramatizadora.

En vez de eso, me cogió la mano. Algo que no había ocurrido nunca desde que trabajábamos juntos.

—*Mon pauvre ami* —dijo—. Te ha dado bien fuerte, ¿verdad?

Asentí. Así era, y de alguna manera le agradecí que no considerara toda esta historia completamente disparatada. Quiero decir... la historia *era* disparatada. Era lo más disparatado que me había ocurrido en toda mi vida. Pero había ocurrido. Y yo quería que continuara.

—Sé que todo parece totalmente alucinante —dije para darme ánimos a mí mismo—, pero quiero volver a ver a esa mujer como sea. —Miré a Julie con desesperación—. ¿Qué puedo hacer, Julie? ¿Qué? ¿No existe algún consejo sobre cómo volver a encontrar a la mujer de tu vida cuando la has perdido?

Julie sonrió.

—No, Antoine. Por desgracia, no puedo darte un consejo así. Estas cosas solo ocurren en las novelas.

Miró el reloj, se puso de pie y cogió su abrigo.

—¡Vaya, me tengo que ir! Robert llegará pronto a casa. No me gusta dejarte solo. ¿Puedo hacer algo más por ti? ¿Quieres venirte a cenar?

—No, no, he quedado con Nathan a las nueve en el Bilboquet. Pero gracias, Julie.

Se pasó la mano por el pelo negro, se sujetó un mechón que se le había soltado y se dispuso a marcharse.

—¡Entonces hasta mañana, Antoine! Descansa esta noche, lo necesitas.

—¡Julie! —dije cuando ya se marchaba.

Se volvió hacia mí.

—¿Sí?

—Dime solo una cosa: ¿qué harías tú en mi lugar?

Pensó durante unos segundos y sus ojos oscuros brillaron soñadores.

—Volvería al punto de partida. Al sitio donde empezó todo —contestó con gesto pensativo. Sus palabras sonaron proféticas, cargadas de significado. Lo notó y se rio—. Ahora tengo que irme. *Salut*, Antoine. —Se despidió con la mano y salió a la calle.

—*Salut*, Julie.

La observé mientras se alejaba y desaparecía a toda prisa en la oscuridad. Una

figura alta, delgada, que a pesar de las prisas conservaba toda su elegancia. Oí durante un rato el apagado sonido de sus tacones, luego este se confundió con el resto de ruidos de la calle.

Eran las ocho y cuarto, me quedaban tres cuartos de hora antes de encontrarme con Nathan. Me puse la chaqueta, apagué la luz, cerré con llave la puerta de la librería y me dirigí hacia el Café de Flore por segunda vez ese día.

Las palabras de Julie seguían sonando en mi cabeza mientras avanzaba por la Rue Bonaparte en dirección a Saint-Germain-des-Prés. Tal vez en el punto de partida de mi aventura estuviera realmente la clave de todo.

¡Cómo no se me había ocurrido antes! ¡Era tan evidente...!

El asesino siempre vuelve al lugar del crimen, movido por una presión interior. ¿Por qué eso no iba a resultar también válido para los enamorados? ¿Y qué pasa con las personas que no pueden acordarse de algo, que se les ha ido una idea? Regresan al lugar donde han tenido la idea... *et voilà!* Esta vuelve a su cabeza y de pronto recuerdan qué habían ido a buscar al sótano.

Cuando giré en la esquina del Deux Magots había calculado ya todas mis posibilidades. Y me pareció que las cosas no estaban tan mal.

Suponiendo que existiera una especie de esquema por el que se rigen los que están hechos el uno para el otro, todavía existía la posibilidad de que también Isabelle regresara al sitio donde me había visto por primera vez. Bueno, se necesitaba una intuición increíble para estar en el lugar adecuado a la hora adecuada. Eso era indudable. Pero hay casualidades que tal vez no sean tales casualidades, sino que las provoca lo que se conoce como «el alma del mundo».

Y partiendo de una base menos mística y abordando todo el asunto de un modo sistemático, era bastante probable, en cualquier caso, que alguno de los camareros conociera a Isabelle y pudiera darme al menos alguna indicación del tipo: «Sí, madame viene todos los jueves al mediodía».

De pronto me acordé de una película de espías en la que el protagonista localiza al villano a través de una tarjeta de crédito. En el caso de que el acompañante de Isabelle, ese Snape, hubiera pagado la cuenta con tarjeta, yo tendría ya un nombre y unos datos bancarios.

¡Eso eran —según me aseguraba mi voz interior— tres grandes oportunidades!

Me sorprendió que mi corazón me avisara de pronto con una ligera palpitación. Estaba delante del Flore. Era un lugar mágico.

¿No son estas esperanzas contra su propia convicción lo que diferencia a un hombre enamorado del resto de los mortales?

Empujé la puerta y entré en el café.

Media hora más tarde un camarero muy enfadado me había puesto de patitas en la calle de muy malos modos.

Al principio solo eché un vistazo al café buscando a Isabelle, merodeé entre las mesas ocupadas, subí al primer piso y esperé delante de los servicios de señoras — ¿cuántas personas se nos escapan por los motivos más banales?—. Cada vez que se

abría la puerta le sonreía a la mujer de piel morena que limpiaba los baños.

Luego perseguí a varios camareros preguntándoles por la mujer rubia que llevaba un paraguas rojo, pero ninguno conocía a Isabelle, según me aseguraron con creciente impaciencia. Tampoco pareció conmover a nadie que aquello fuera muy importante, *très important*. Aquellos camareros no tenían corazón, eran todos unos profesionales más fríos que el hielo.

Sí, tal vez si hubiera podido presentarme como el *commissaire* Bellier a la caza del asesino de la ballesta de París, entonces seguro que me habrían hecho más caso. Pero tras la quinta pregunta al tercer camarero que atendía en el primer piso tuve que oír:

—Escuche, monsieur, ya ve que tenemos muchas cosas que hacer. —El camarero sujetó la bandeja de plata como si se tratara de un arma. Luego, en un ataque de humanidad, añadió—: Además, Bertrand, el camarero que esta mañana servía aquí arriba, se ha marchado ya.

Yo asentí con consideración y esperé a que el hombre de la bandeja de plata hubiera repartido sus pedidos por las mesas. Luego le seguí hasta la planta baja, donde reinaba un barullo de tintineos y voces, y le di unas palmaditas en el hombro.

—¿Qué pasa ahora? —me gruñó. Era evidente que estaba a punto de perder los nervios.

—Solo una cosa más —me apresuré a contestar—. Puedo decirle cuándo pagó el hombre de esa mujer... o sea, su acompañante. ¿Existe alguna posibilidad de revisar los tiques para ver si pagó con tarjeta de crédito?

—¿Qué es usted, monsieur? ¿Uno de esos malditos fisgones privados? ¿O es que es usted el marido engañado? —me interrumpió el camarero con sorna, mirándome de arriba abajo—. ¡Y ahora se acabó! Nosotros no mostramos a cualquiera los recibos de las tarjetas, ¿qué se ha pensado que es esto? —Y levantó la nariz indignado.

Yo también estaba empezando a enfadarme. ¿Por qué yo, un hombre con las mejores intenciones, tenía que aguantar todo aquello?

—Siempre he pensado que este era un café decente con un servicio esmerado —le grité. Algunos turistas levantaron la cabeza con curiosidad—. Pero es evidente que estaba equivocado.

—*Cela suffit, monsieur!* ¡Ya basta! —gritó, herido en su orgullo, el camarero vestido de negro.

Yo, en cambio, consideraba que no era suficiente. Después de haber sido tratado tan mal en el que antes pensaba que era mi café preferido todavía tenía algo que decir.

—No sé qué hay de reprochable en querer volver a encontrar a la mujer de la que uno se ha enamorado —dije atrayendo hacia mí las miradas complacientes de las clientas. Miré al camarero confiando en que notara mi tono despectivo—. Pero *usted...* es evidente que usted no se ha enamorado nunca, con el aspecto que tiene...

El camarero dio un paso amenazante hacia mí. Era bajo, pero robusto, y yo retrocedí sin darme cuenta.

—Será mejor que abandone el café ahora mismo, monsieur —siseó. Otro camarero se acercó a toda prisa, me agarró del brazo como una tenaza y me empujó hacia la puerta.

Todavía pude oír cómo el primer camarero les decía a sus compañeros:

—*Ce type est complètement fou!*

Después aterricé en la calle.

Me levanté y me recompuse la ropa. Faltaban diez minutos para las nueve. Era la primera vez que me echaban de un café. Sonreí.

Era posible que estuviera loco. Pero estar loco por amor no era lo peor que me podía pasar.

A las nueve en punto estaba delante del Bilboquet.

Nathan me esperaba dentro, había reservado una mesa arriba, al fondo de la galería de la izquierda, y me hizo una seña con la mano. Parecía estar de buen humor. ¡Uf, qué alegría verle después de un día tan ajetreado! Nathan siempre está en plena forma. Tal vez tenga que estarlo para soportar a todos los depresivos que día a día se tumban en su diván para hablar de sus catastróficas vidas.

Recorrí la galería con pasamano de madera oscura por delante de las demás mesas, donde ya se sentaban los primeros clientes, y miré hacia abajo. Desde allí se tenía la mejor vista de las bandas que cada noche, a partir de las diez, tocaban sus piezas en la parte baja del restaurante. Los músicos no habían llegado todavía, pero junto al piano había ya un enorme contrabajo y en el bar algunos jóvenes estaban sentados relajadamente en los sofás.

Levanté la mano, le hice una seña al camarero, que me sonrió con amabilidad, y me acerqué a la mesa de Nathan.

—*Bonsoir, Antoine, ça va?* —Nathan se levantó brevemente para saludarme—. ¿Qué tal estás, viejo amigo? —Me dio una palmadita en la espalda, y sus ojos oscuros bailaron alegres tras las gafas de montura redonda y dorada.

Suspirando, me dejé caer en la silla. El «viejo amigo» no estaba demasiado bien. Al lado de Nathan, quien con su ligero jersey de cuello alto y negro debajo de la americana y el pelo oscuro peinado hacia atrás parecía recién salido de una revista de moda, me sentí como un albanos-kosovar en plena huida.

—Mejor no preguntes —le dije, y de repente fui consciente de lo cansado que estaba.

Nathan me miró preocupado. Él parecía muy descansado. Vi pasar por delante de mí las últimas ocho horas como en una película y sacudí la cabeza.

—Si supieras todo lo que me ha ocurrido hoy...

Intenté ordenar mis ideas, pero me temo que sin éxito.

—Parece increíble... —Lo intenté de nuevo antes de quedarme callado con un gesto de impotencia. Mis crípticos retazos de frases volaron por la mesa como pedazos rotos de papel.

Nathan es un amigo de verdad. Ignoró mi desasosiego y me entregó la carta del restaurante sin hacerme demasiado caso. Luego le hizo una seña al camarero, pidió vino tinto para los dos y me preguntó qué quería comer.

Me quedé mirando indeciso la carta.

Nathan notó mi incertidumbre.

—Yo tomaré cordero, está muy bueno. —Me miró con la intención de infundirme ánimo—. ¿Tú también?

Me acordé de monsieur Duchâine en su sala de despiece revestida de azulejos y sacudí la cabeza.

—Eh... No, hoy prefiero no tomar cordero —dije inquieto.

El camarero seguía con su libreta de pedidos a nuestro lado y esperaba. Casi pude oír cómo suspiraba por dentro. Mi mirada vagaba perdida de un lado a otro de la carta. Hice un esfuerzo e intenté concentrarme para no volver a enfadar a ningún empleado. ¡Antoine, el terror de los camareros!

—Tomaré... pasta —dije. Sonó como «¡Basta!».

—Muy bien, monsieur. Un cordero para monsieur Nathan —pronunció el «Natton» casi con tanta delicadeza como si se tratara de una reliquia; bueno, en realidad Nathan era un cliente habitual— y una... —su mirada pasó de largo por mi oreja derecha—... solo pasta.

Yo era monsieur «Nadie» y aquel era un mal día para los camareros. Nuestro hombre del Bilboquet recogió las dos cartas y desapareció.

Nathan levantó su copa.

—Me alegro de verte, Antoine. —El vino tinto brilló a la luz de las velas—. *Santé!* —dijo—. ¡Por ti!

Brindamos, y yo di un buen trago a mi copa. Lo bueno de los hombres es que se entienden incluso sin grandes palabras. Dejé que el suave y delicado vino resbalara por mi lengua y noté cómo me iba calmando poco a poco.

Dejamos nuestras copas en la mesa. Nathan apoyó la barbilla en las manos y me miró durante un momento expectante.

—Bueno, dispara —dijo—. No, déjame adivinar. Se trata de una mujer. —Sonrió. ¿Había dicho ya que Nathan es psicólogo?

Asentí sintiéndome comprendido.

—Sí, se trata de una mujer —contesté—. Pero no de una mujer *cualquiera*, ¿entiendes? —Hice una pausa muy elocuente—. Hoy he visto a la mujer de mi vida. Se llama Isabelle, y es... es... ¡sencillamente maravillosa!

Nathan se reclinó en su silla.

—¡Vaya, eso es genial! —exclamó aliviado. Luego sonrió—. ¿Por eso tienes ese aspecto? —Me guiñó un ojo—. ¿Habéis estado todo el tiempo... *oh, là, là...*? —Chasqueó la lengua—. Por eso no he podido localizarte en todo el día. Vaya, la chica parece ser una fiera en la cama...

—Nathan, deja de decir tonterías —le recriminé. No sé por qué, pero de algún modo me molestaba que hablara de Isabelle como si hubiera sido un lío de cama—. No nos hemos acostado. Ni siquiera la he besado, por si te lo estás preguntando. ¡Es algo completamente diferente!

Nathan me miró divertido.

—Ah... ¿Es más bien un amor platónico? —preguntó con interés.

—Bah, déjalo —contesté, y tuve que reírme—. ¿Tengo yo pinta de necesitar una amante espiritual?

—*Mon ami*, tienes pinta de haber tenido un día bastante estresado. La pregunta es... ¿eustrés o distrés? —Desdobló la servilleta y me observó con mirada profesional.

¿He dicho ya que la verborrea psicológica de Nathan a veces puede sacar de quicio a cualquiera?

En venganza, le hice esperar un rato y desdoblé también mi servilleta. Luego me incliné hacia delante y dije en tono conspirador.

—¡Los dos!

Nathan guardó silencio. Sabía que iba a contarle mi historia en cualquier caso. Al final todo el mundo acaba contándole su historia.

—Es todo muy complicado —dije con firmeza—. Complicado y misterioso. —Tomé un sorbo de vino y comprobé el efecto de mis palabras. Nathan se inclinó un poco más hacia mí. En la mesa de al lado alguien pidió a voces una botella de champán. Otras personas tenían un motivo de celebración. Cómo me habría gustado estar allí sentado en ese momento con Isabelle, mi preciosidad incomparable... Me permití un instante de nostalgia antes de volver de nuevo a la realidad.

—Imagínate... he encontrado a esa mujer increíble así, sin más, aquí... en pleno París. Enseguida ha surgido la chispa entre nosotros. Ha sido como... un amor a primera vista. —Lancé una mirada desafiante a Nathan—. Tendrás que admitir que eso ocurre.

Nathan asintió.

—Claro —dijo, agitando la mano con impaciencia—. Sigue contando. ¿Dónde está el problema?

Solté un profundo suspiro, y el rostro de Nathan se iluminó de pronto.

—¡Oh... no! —exclamó en tono compasivo—. ¿Ahora no irás a decirme que todavía es virgen?

—Peor —respondí con voz tétrica.

—¿Una lesbiana? —preguntó Nathan.

Sacudí la cabeza.

—¡Venga, Antoine, no te hagas de rogar! ¡Ve al grano!

Me pareció que la paciencia se le agotaba demasiado deprisa... para ser un psicólogo. Quiero decir que al fin y al cabo era yo quien había sobrevivido a ese día tan duro, mientras Nathan estaba cómodamente sentado en su consulta y dejaba hablar a personas a las que nadie quería escuchar.

Pero antes de que yo pudiera ir al grano nos sirvieron la cena. El carré de cordero tenía una pinta estupenda. Nathan soltó un gemido de gusto cuando probó el primer bocado.

—¡Hmmm! ¡Qué tierno! ¡Espectacular! —exclamó, y monsieur Duchaine y su delantal de carnicero de rayas azules y blancas empezaron a desvanecerse poco a poco. La idea de suprimir la carne de mis comidas ya no me parecía tan buena y pinché sin ganas un tomatito que se escondía entre mis *tagliatelle* caseros.

—Iré al grano —empecé a decir retomando la última frase de Nathan, mientras observaba pensativo el pequeño tomate pinchado en el tenedor de plata—. El problema es que solo tengo su nombre y diez números de teléfono falsos. —Me comí el tomate, cuyo interior explotó en mi boca, y pensé en los labios rojos de Isabelle. Tomé un par de bocados de pasta, luego aparté el plato. Nathan me miraba expectante mientras engullía su carré de cordero.

—¡Oh, vaya! Eso no suena nada bien. Cuéntamelo todo por orden —propuso.

—Todo empezó a mediodía, cuando fui al Café de Flore y estaba ocupada mi mesa favorita en el primer piso —dije. Y luego le conté todo lo que había ocurrido a continuación.

Nathan me dejó hablar. Le agradecí muchísimo que no me interrumpiera ni una sola vez. Se lo conté todo, cada detalle, le hablé de lo bueno y de lo malo, de la montaña rusa de mis sentimientos. Cuando le conté lo de la vieja rusa, Nathan se echó a reír; cuando llegué a la historia de Natalie y la falsa Isabelle, pidió algo de queso para los dos, y cuando me quejé de lo desalmados que eran los camareros del Flore, que no quisieron ayudarme en mis investigaciones y hasta me pusieron de patitas en la calle, pidió dos cafés solos.

Eran las diez menos diez, y los músicos se tomaban una copa en el bar antes de comenzar su actuación.

Me sentía como si no hubiera narrado solo un día, sino toda mi vida. La botella de vino estaba vacía.

—Así están las cosas, Nathan —dije finalizando mi relato—. Ante ti se sienta un hombre que no podría ser ni más feliz ni más desdichado. Y ahora necesito un consejo.

Nathan guardó silencio un instante.

—Bueno —dijo luego, y repitió otra vez—: Bueno. —Se pellizcó la barbilla con la mano derecha y la masajeó como si estuviera pensando qué podía decir a continuación—. Realmente tu historia es toda una aventura. —Me miró e inclinó la cabeza—. Una historia verdaderamente excitante. —Luego dio un sorbo a su taza de café blanca y la dejó en el plato con decisión—. No quiero ser un aguafiestas, pero en serio, Antoine... ¿no estarás magnificando algo que en realidad no es nada... o al menos no es demasiado? —Acercó el pulgar y el índice hasta dejar solo una diminuta ranura en medio—. Esto —añadió—. *Rien!*

Le miré irritado. ¿Es que no había entendido nada?

—Lo es TODO, Nathan —le reproché—. ¿Acaso no crees en el amor? ¿Es que no

tienes imaginación, o qué?

—Antoine —volvió a decir él. Agachó la cabeza, y un mechón de pelo oscuro le cayó sobre la frente—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero esto... Esto es una locura, tienes que reconocerlo.

Encogí los hombros.

—Como terapeuta te diría: pérdida absoluta de la realidad. Algo así se denomina una *ideé fixe*. Hay gente que por mucho menos ha acabado en un manicomio. ¿Qué te ocurre? ¿Lees demasiadas novelas? Desciende, amigo... ¡regresa al mundo real!

—*Estoy* en el mundo real —protesté—. Nunca me he sentido tan vivo. En realidad, nunca antes me había sentido como en las últimas horas. Deja de tratarme como a un paciente. Prefiero que me digas como amigo qué te parece todo este asunto.

—¿Como amigo? —Nathan me miró con compasión—. Como amigo te digo: ¡pobre Antoine! ¿Tiene que ser precisamente esa? ¡Dios mío, París está lleno de mujeres preciosas! —Sacó su móvil—. Mira, ¿ves esto? —me preguntó—. Ahora mismo puedo hacer tres llamadas y en media hora habrá aquí tres chicas encantadoras, a cual más guapa. —Bajó su mirada hacia el bar y la dejó vagar entre la gente—. O mira, la pelirroja bajita, esa del pelo largo y los vaqueros ajustados. ¡Es espectacular!

De pronto, como si hubiera oído las palabras de Nathan, la pelirroja miró hacia donde estábamos nosotros. Nathan la saludó con una inclinación de cabeza y ella le regaló una coqueta mirada.

—¿Ves? —prosiguió Nathan entusiasmado—. Esa chica está ahí, sola, esperando a un tipo tan atractivo e inteligente como tú. ¡Tío, es muy sexy!

Yo suspiré. La chica pelirroja daba pequeños sorbitos a su piña colada. Sí, era sexy, pero no se trataba de eso.

—No se trata de eso —insistí—. Hablas como si me encontrara en estado de emergencia sexual. ¿Qué voy a hacer yo con la pequeña Roxanne de ahí abajo? Si te gusta esa pelirroja puedes probar suerte con ella. —Sujeté mi taza con las dos manos—. ¿Es que no entiendes lo especial que ha sido lo de hoy? Isabelle está hecha para mí. Ella lo ha notado igual que yo. Me ha dado su número de teléfono... Quiero decir... Ninguna mujer hace eso, así, sin más.

—Tú lo has dicho —dijo Nathan con sequedad—. ¡Quién sabe qué tipo de novia puede ser! A lo mejor es una forma de cazarte.

Yo resoplé indignado.

—Y aunque no lo sea —prosiguió Nathan sin inmutarse—. ¡Piensa un poco, por Dios! Hasta ahora no has cruzado una sola palabra con ella... —Guardó silencio un instante—. Ni una *sola maldita* palabra. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que es la mujer de tu vida? —Nathan deshizo con los dedos un terrón de azúcar.

—Lo sé —respondí con voz apagada. Me quedé mirando los pequeños granos de azúcar moreno que habían caído sobre el mantel blanco y de pronto me sentí muy triste.

—¡Está bien, Antoine! Resumiendo: la chica está muy bien, tiene buen tipo, una cara bonita. Hay algo en ella que te ha atraído. No es nada inusitado o mágico. Es algo que llevamos con nosotros desde pequeños. —Nathan estaba en su elemento—. ¿Crees que a mí no me ha pasado eso nunca? Piensa en Lucie. ¿Te acuerdas de Lucie? Me enamoré locamente de ella solo con verla. Una mirada y ya estaba perdido. Pero luego... ¿Qué pasó luego? —Esperó un momento antes de contestar su propia pregunta—. Luego esa mujer maravillosa abre la boca, pronuncia la primera frase y tú piensas: «¡Dios mío! ¿Cómo salgo yo ahora de esto?». Y esa, mi querido Antoine, es la realidad.

Pensé en que Isabelle había escrito la frase sobre el libro. Una mujer sin cerebro no habría podido escribir una frase así. Pensé en sus esbeltas piernas y sus delicados tobillos, rodeados por las finas tiras de cuero negro de sus zapatos. Pensé que hasta sus piernas eran las de una persona inteligente, pero no lo dije. Nathan se habría reído de mí.

Los músicos empezaron a tocar en el bar, el saxofonista interpretaba *I can't give you anything but love*, el sonido estaba demasiado alto, era más de lo que yo podía soportar en ese momento.

Nathan acercó su silla hacia mí.

—¡Eh, Antoine, no te enfades ahora! —Yo no dije nada y él me dio unas palmaditas en el hombro—. Ha sido un bonito sueño lo que has estado persiguiendo, pero la mayoría de los sueños acaban en una catástrofe cuando se hacen realidad. ¡Venga, vamos al bar a tomar una copa! —Animado, miró al grupo de música—. No tocan mal esos tipos, ¿no?

Yo sacudí la cabeza.

—Lo siento, Nathan, pero tengo que salir de aquí.

Nathan me miró sorprendido.

—Está bien, Antoine, entonces nos vamos los dos. Estás invitado.

Pagó la cuenta y nos abrimos paso entre la gente que abarrotaba el vestíbulo y reía y charlaba y se movía al ritmo de la música.

Cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas, se hizo el silencio. El aire fresco me sentó bien. Respiré disfrutando de cada bocanada de aire.

—¿Estás bien? —Nathan se colgó de mi brazo—. Te acompaño un poco —dijo a continuación—. ¡Venga, levanta la cabeza! Mañana verás las cosas de otra manera. Solo necesitas dormir un poco.

Asentí resignado. Era posible que Nathan tuviera razón. Tal vez me había obsesionado con todo aquel asunto. Tal vez mañana vería las cosas de otra manera.

Tal vez debería olvidar a Isabelle y llamar a Natalie. Estaba hecho un lío, eso estaba claro.

—Siento irme a casa tan pronto. Te vas a quedar sin oír a esa banda —dije cabizbajo.

Nathan me apretó el brazo.

—No le des más vueltas. Puedo ir al Bilboquet cualquier otro día.

Avanzamos juntos unos pasos hasta el Boulevard Saint-Germain. Allí se separaban nuestros caminos, pero Nathan no se despidió en el semáforo, como otras veces, para ir luego al metro.

—Te acompañaré a casa —dijo. Creo que tenía mala conciencia—. Créeme, si pudiera hacer que Isabelle apareciera ahora aquí como por arte de magia, lo haría. — Me apretaba el brazo mientras bajábamos por el Boulevard—. Pero si no la has encontrado hasta ahora, tendrás que conformarte con el viejo Nathan, que no siempre está en posesión de la verdad.

La Rue Mabillon, donde yo vivo, no quedaba demasiado lejos, por lo que el sacrificio de Nathan tampoco fue excesivo. A pesar de todo me pareció muy amable por su parte que me acompañara. Había empezado a llover otra vez, el viento barría las calles, el ambiente era bastante desapacible y ninguno de los dos llevábamos paraguas. Las luces del Boulevard se reflejaban en los adoquines mojados. Los coches pasaban de largo y el agua salpicaba. El típico tiempo revuelto de abril, era lo suyo, y curiosamente casi disfruté caminando bajo la lluvia.

Seguimos avanzando en silencio. En una columna publicitaria el viento agitaba un anuncio mojado por la lluvia. Una esquina se había soltado y se movía de un lado a otro. Publicidad de un concierto, un hombre con un violín, una fecha de la semana pasada. Todo era pasajero. Eran las once menos cuarto y el día iba llegando a su fin.

Un minuto más tarde volvía a encontrarme delante de la misma columna.

Había pasado a su lado como se pasa ante una persona a la que conoces pero en ese momento no reconoces, porque vas pensando en otra cosa. Treinta segundos tardaron las imágenes en llegar a mi cerebro. Entonces me detuve tan de repente que Nathan se chocó conmigo.

—¡Eh, Antoine! ¡Ten más cuidado! —exclamó—. ¡¿Qué haces?!

No contesté. Retrocedí y me quedé inmóvil frente a la columna publicitaria como Schliemann ante el tesoro de Príamo.

—No puede ser... No es posible... —murmuré atónito. La lluvia me mojaba la cara, pero ni siquiera la notaba.

Entretanto Nathan estaba otra vez a mi lado. Era evidente que no podía compartir la fascinación que la columna ejercía sobre mí. Sin entender nada, observó el cartel empapado, luego me miró, después el anuncio otra vez. Me tocó la manga con

cuidado. No reaccioné. Probablemente pensara que estaba borracho. Un borracho con síntomas autistas.

—¿Antoine? ¿Te encuentras bien, Antoine? —Su voz sonaba preocupada.

Yo asentí sin dejar de mirar fijamente el anuncio. Me encontraba bien. Por no decir que muy bien.

—¡Dime algo! ¿Qué te ocurre, maldita sea? —Me sacudió—. ¡Antoine! —me gritó en el oído—. ¿Me oyes, Antoine? ¡Di algo!

—Snape —dije.

¡Jamás volveré a quejarme del mal tiempo, lo juro! Estoy seguro de que si hubiera lucido el sol, habría pasado por delante de la columna publicitaria sin notar lo más mínimo. Habría pasado de largo, y con eso se habría terminado toda la historia.

Probablemente en las semanas siguientes habría pensado con nostalgia en Isabelle todos los días, en los meses siguientes solo de vez en cuando, y luego, cuando fuera un viejo anciano, tal vez viera alguna vez ante mí la imagen de la bella mujer del Café de Flore porque un día de lluvia una joven y atractiva cuidadora de la residencia había abierto su paraguas rojo antes de marcharse a casa a toda prisa.

Recordaría aquel excitante día de abril en que encontré a la mujer de mi vida y volví a perderla, y el recuerdo estaría más próximo a mí que todo lo que ocurriera a mi alrededor, que las personas que iban y venían y cuyos nombres e historias yo olvidaría con facilidad.

Al final son siempre los recuerdos lo único que queda. Pero los recuerdos de lo que nunca pudo llegar a ser están irremediamente impregnados de la callada nostalgia de los deseos sin cumplir. Como si la vida no hubiera cumplido sus promesas.

Pero la lluvia había desprendido una esquina del cartel, el viento la agitaba impaciente y ese movimiento atrajo mi mirada exactamente hacia el punto donde continúa la historia. Hacia el rostro del hombre al que yo llamaba Snape. El hombre que estaba con Isabelle en el café.

Sujetaba un violín en la mano y me miraba con sus ojos oscuros.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es Snape! —dije otra vez.

—¿Quién es Snape? —preguntó Nathan con desconfianza.

—¡Pues el hombre del Flore! ¡Es él! —respondí inquieto.

—¿Cómo que un hombre? Pensaba que estabas buscando a una mujer. —Nathan ya no entendía nada.

—¡Tío, no te enteras de nada! Es el tipo que estaba con Isabelle en el café —exclamé emocionado mientras examinaba el cartel con más detalle. La orquesta St. Petersburg tocaba... no, *había* tocado. El concierto se había celebrado la semana pasada.

—¿Y se llama *Snape*? —preguntó Nathan con incredulidad.

Debo admitir que cuando le conté a Nathan mi encuentro con Isabelle no había mencionado ese pequeño detalle.

—No, claro que no se llama Snape, pero yo le llamo así. ¡Yo qué sé cómo se llama ese imbécil...! —El viento volvió a agitar la esquina del cartel y dejó ver algunas letras que de pronto formaron un nombre ante mis ojos—. Di-mi-tri An-to-nov —leí muy despacio.

Estuve a punto de desmayarme.

¡Por fin lo entendía todo! Oí una voz que gritaba «Dimitri, Dimitri» en mi oído y tarareaba un vals y a Snape tocando el violín, pero no era Snape, era Dimitri. El Dimitri que había quedado con Isabelle en el Café de Flore, ese Dimitri con quien soñaba la rusa chiflada del teléfono cuyo número me había entregado Isabelle por el motivo que fuera.

No era una casualidad, era el nexa que faltaba.

Caí en los brazos de Nathan tambaleándome.

Eran las once menos cinco, llovía a mares y, no sabía muy bien cómo, por fin tenía una primera pista fiable.

Un cuarto de hora más tarde estábamos sentados en mi viejo sofá de cuero marrón oscuro discutiendo como dos políticos.

Las chaquetas mojadas estaban colgadas en el radiador debajo de la ventana. La lluvia golpeaba incesantemente los cristales. Nathan había subido a mi casa, una vivienda antigua de tres dormitorios. Dijo que no podía dejarme solo en aquel «estado de excitación», pero yo tuve la sospecha de que, ahora que los fantasmas de mi cabeza iban adquiriendo forma, el asunto empezaba a interesarle.

Después de que, abrumado por la idea de que la columna publicitaria era una señal del cielo, tuviera un momento de debilidad y me desplomara en los brazos de Nathan como un saco mojado, el resto del camino hasta casa me había invadido una euforia que incluso me hizo bailar por la calle.

Mi cuerpo desfallecido recuperó toda la energía, yo era Gene Kelly bailando bajo la lluvia, tenía ese extraordinario estado de ánimo de *Singin'-in-the-rain*, y si Nathan no hubiera estado a mi lado creo que tal vez hasta habría empezado a cantar.

En vez de eso no paré de hablar, le expliqué muy excitado qué relación había entre el músico del cartel y el número de teléfono acabado en 6, entre Snape y Anastasia, y mi escéptico amigo empezó a animarse. Cuando, con los dedos ateridos, abrí la puerta de mi casa de la Rue Mabillon, Nathan ya se había convertido en mi cómplice.

Había que celebrarlo. Yo estaba bastante nervioso y abrí una botella de vino tinto. Serví una copa para Nathan y otra para mí, nos dejamos caer en el sofá y nos reímos como locos. Era como en las películas, cuando dos buenos amigos se alegran por uno de ellos. Y de pronto empezamos a discutir.

—¿En serio, no pensarás llamar ahora a la vieja rusa! —Nathan frunció el ceño.

Yo me fumé mi tercer cigarrillo soltando nerviosamente el humo.

—¿Y por qué no? ¿Crees que tengo ganas de pasarme toda la noche despierto dándole vueltas a la cabeza? ¿Después de un día *así*? —Me parecía que tenía derecho a hacer esa llamada.

—¿Sabes lo tarde que es? ¿Quieres que a esa pobre mujer le dé un infarto?

—¿Cómo que tarde? ¿No sabes que los viejos no pueden dormir por la noche? —repliqué, sacando el móvil del bolsillo—. Además... ¿quién dice que vaya a contestar? Lo mismo... lo mismo solo estaba de visita. ¡Exacto! Ha ido por la mañana a ver a Isabelle y ha contestado al teléfono porque ella había bajado un momento a la calle a recoger una tarta.

—Sí, claro —dijo Nathan—. Eso suena muy lógico. Y como no era su teléfono lo primero que ha dicho es: «¿Dimitri, eres tú?».

Nathan es mi amigo, pero a veces le odio.

—Dios mío, esa rusa no está muy bien de la cabeza. Supongo que si estuviera en tu casa también contestaría al teléfono y llamaría a Dimitri a gritos. Es posible que Isabelle tenga algún exiliado ruso entre sus parientes, qué sé yo. Pronto lo sabremos. Pero solo si llamo. —Reflexioné un instante—. Es posible que conteste Isabelle, al fin y al cabo este es su número.

Saqué mi libreta de notas. Antoine empezó a aplaudir.

—¡Bravo! ¡Adelante! Si quieres estropear la gran oportunidad de tu vida, llama ahora mismo. —Nathan miró el reloj—. Seguro que Isabelle se alegrará de que la saques de la cama después de que a mediodía lo hayas echado todo a perder.

Indeciso, solté el móvil. Nathan era un aguafiestas, pero tenía algo de razón. Era posible que mi preciosidad ya estuviera durmiendo, y por lo general no es fácil hacer amigos sacando a la gente de la cama sin necesidad. Pero, por otro lado, tampoco era *tan* tarde, no es que fueran las tres de la madrugada.

—¿Y qué harás si contesta el músico? —prosiguió Nathan incansable—. ¿Qué dirás? ¿Quieres que ella se meta en un buen lío por tu culpa? —Nathan, el cerdo, metía el dedo hasta el fondo en la herida—. Podría ser su novia.

Yo seguí fumando como un carretero. Prefería no pensar en eso. Intenté aclarar mis ideas.

—Aunque ese maldito violinista sea su novio... ha sido *ella* quien me ha dado su número de teléfono, ¿acaso lo has olvidado? —exclamé con tono triunfal—. Eso significa que *quiere* verme. Y si contesta ese músico de orquesta barata le diré simplemente...

—¿Le dirás simplemente que eres el querido Antoine, el de la librería a la que Isabelle ya puede ir a recoger su libro? ¿A las once y veinte de la noche? —se burló Nathan.

—¡Claro que no! ¿Crees que soy idiota?

Nathan no protestó.

—Le diré simplemente que me he confundido de número —dije poniendo fin a mis explicaciones—. Las cosas están así —proseguí, hablando más conmigo mismo que con Nathan—. O contesta al teléfono Snape, y en ese caso me disculparé y probaré a llamar mañana otra vez, o contesta la vieja rusa, y entonces preguntaré por Isabelle y le diré que es urgente. En cualquier caso, la anciana no se entera de nada. Si Isabelle no está en casa, lo que no es nada probable porque al fin y al cabo fue ella la que me dio ese número, siempre puedo dejarle un recado. Tiene que haber alguna relación entre ella y la señora rusa. —Apagué la colilla en el cenicero—. Y si es Isabelle quien contesta podré explicarle todo lo ocurrido. Aunque sea demasiado tarde... seguro que lo entenderá.

Miré a Nathan. No parecía muy convencido.

—¿Y no puedes esperar unas horas? —preguntó.

Yo sacudí la cabeza.

—No, tengo que saber qué es lo que ocurre.

Noté que mis ideas volvían a ser confusas. ¿Qué tenía que ver la mujer rusa con Isabelle? ¿Qué tenía que ver Snape con la mujer rusa? ¿Por qué me había dado Isabelle el número de teléfono de una casa en la que lo mismo ni siquiera vivía? ¿O sí vivía? Y si es que sí, ¿con quién vivía? Era una ecuación con tres incógnitas, y las matemáticas nunca habían sido mi fuerte. Respiré hondo y cogí el móvil.

—Tengo que saber si estoy siguiendo la pista correcta —repetí—. Necesito aclarar las cosas. Ahora mismo. Mi instinto me dice que debo hacerlo ahora mismo.

Nathan se dio por vencido.

—No hay que intentar detener un tren en marcha —murmuró, y con eso estaba todo dicho.

Está mal que lo diga, pero ya eran casi las once y media cuando marqué el número de teléfono acabado en 6. Aquella inútil discusión solo había servido para perder tiempo. Pulsé las teclas de los números y, cuando apreté la última, hasta Nathan contuvo la respiración.

Sonó un tono al otro lado de la línea. Escuché expectante el silencio entre los tonos. Podía oír latir mi corazón y cada latido hacía vibrar el teléfono en mi oreja.

Después de cuatro tonos se oyó un ruido y saltó el contestador automático.

—*Bonjour... Ici est la boîte locale de Olga Antonova...* Este es el contestador automático de Olga Antonova —dijo una voz. Era una voz juvenil de mujer, de una mujer francesa. Era una voz que atravesó como una flecha de oro mi corazón. Me llevé la mano izquierda al pecho. Me dolía. Durante un instante tuve la sensación de que el corazón ya no me latía, solo temblaba, y me entró el pánico. ¿Estaba fibrilando? Mi pequeño y maltrecho corazón no podía fallar justo ahora, cuando esa voz... ¿era la voz de Isabelle!

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó Nathan desde el otro extremo del sofá.

Le hice un gesto brusco con la mano para que cerrara el pico. Mi corazón se calmó y siguió latiendo. Isabelle concluyó su aviso como Olga Antonova invitándome a dejar un mensaje si quería.

¡Y por supuesto que quería!

«¡Isabelle, soy yo! ¡Cuánto me alegro de oír tu voz! ¡Estoy tan contento de haberte encontrado por fin! ¡Contento es decir poco! Dime cuándo podemos vernos y mi alma volverá a descansar en paz...».

¡Maldita sea, tenía que tranquilizarme! Cálmate, Antoine, me ordené a mí mismo. Sonó la señal y yo intenté que no se me fuera la cabeza. Tenía que sonar todo muy natural. Debía parecer amable, simpático, pero no un loco.

Mi mensaje no debía hacer desconfiar a nadie (Snape), pero tenía que dejar claro a Isabelle que quería verla sin falta, cuanto antes.

Me aclaré la voz, y Nathan se inclinó hacia delante y me miró intrigado.

—Buenas noches, soy Antoine Bellier, de la Librairie du Soleil —empecé a decir. Hasta ahí todo perfecto. ¡Un buen comienzo!

—Este es un mensaje para... madame Isabelle... Eh... Antonova —añadí vacilante. Era posible que ese no fuera su apellido, tal vez tampoco su nombre.

«Isabelle se llama en realidad Olga», se me ocurrió de pronto. Pero a mí me había dicho que se llamaba Isabelle. ¿O se llamaba Olga la mujer rusa e Isabelle solo le había grabado el mensaje? En realidad era todo muy confuso, pero yo no me iba a dejar amedrentar por detalles tan insignificantes.

—Madame, usted nos había encargado un libro, *Encuentro en el Café de Flore*,

y... y nos pidió que la llamáramos a este número... a las tres —dije con decisión. Seguro que eso lo entendía—. Por desgracia, se me había traspapelado su número y por eso la llamo a estas horas. Puede recoger su libro cuando quiera, pero me alegraría mucho verla muy pronto en nuestra librería de la Rue Bonaparte. Abrimos todo el día.

Vacilé un instante. Sería mejor dejarle también mi número, así podría llamarme.

—Bueno, pues... —tartamudeé—, si no puede recoger el libro es mejor que me llame cuanto antes, mi número es...

Antes de que pudiera dejarle mi número sonó un ruido al otro lado de la línea.

Alguien había descolgado el teléfono. Y entonces oí una profunda y ya familiar respiración en la otra punta de París.

—¿Dimitri? Dimitri, ¿eres tú?

Por un momento creí estar en una película surrealista. ¿Conocen esa película en la que un hombre corre por las calles y en todas las casas suenan teléfonos? Y siempre que contesta, es para él. Era de lo más estrambótico.

—¿Dimitri?! —La voz se hizo más aguda—. ¡Casi no te oigo, tienes que hablar más alto!

No, era aún peor. Probablemente fuera yo el propio Dimitri y no lo sabía. Solté un gemido y puse los ojos en blanco.

Nathan levantó las manos en un mudo gesto de expectación y me dirigió una mirada interrogante.

Yo tapé el móvil y susurré:

—¡Ha contestado la vieja!

Nathan sonrió.

—Bueno, ¿y? —dijo en voz baja—. Recita tu texto, pregúntale si está Isabelle en casa.

—Soy otra vez Antoine —grité por el teléfono.

Oí un pequeño jadeo.

—¿Antoine? —repitió la mujer, desconcertada.

—Exacto. —Intenté un primer ataque—. El amigo de Dimitri, ¿no se acuerda? —Pensé que, si ella preguntaba tanto por él, era bastante improbable que Dimitri estuviera cerca.

—Aaaah... Es usted amigo de Dimitri. Un amigo... —Guardó silencio un instante mientras parecía asimilar la noticia.

Iba a preguntarle por Isabelle cuando empezó a gritar como si estuviera delante de un asesino en serie.

—¡Ay, Dios mío! —gritó con voz temblorosa—. ¿Qué le pasa a Dimitri? ¿Le ha ocurrido algo? —Pude ver cómo miraba asustada su reloj de oro, dándose cuenta entonces de lo tarde que era. En ese momento me dio lástima, me sentí como un malvado mafioso que no tiene el más mínimo escrúpulo para conseguir su objetivo.

—Escuche, madame Antonova... porque es usted Olga Antonova, ¿verdad?

—¡Sí, sí! —exclamó ella muy alterada—. ¿Qué le pasa a Dimitri?

—¡Dimitri está perfectamente! —grité por el teléfono—. ¡Perfectamente! —repetí, y oí un suspiro de alivio—. Siento llamarla tan tarde, no quería asustarla, pero es que Isabelle me ha dado este número. ¿Podría hablar con ella?

—¿Isabelle? Isabelle no está.

¡Bingo! Si Isabelle no estaba, al menos existía. Miré a Nathan con cara de felicidad.

—¿Y sabe usted cuándo volverá? —pregunté impaciente.

—¿Qué sé yo? Ha salido. Los jóvenes están siempre de fiesta y de fiesta y de fiesta...

—Pero... ella vive con usted, ¿no?

—¡No! —Su voz sonó de pronto irritada—. Puedo valerme muy bien por mí misma, ¿sabe? —Murmuró algo en ruso que no pude entender, aunque no sonaba muy amable.

—Pero... —tartamudeé—. Quiero decir... ¿por qué...? —Me quedé callado.

—¿Hola? ¿Sigue usted ahí? —preguntó Olga. Bostezó. Parecía estar perdiendo el interés por nuestra conversación. Tenía que evitar que colgara.

—¡Sí, sí, naturalmente! —grité—. Madame Antonova, no cuelgue, por favor. Tengo que hablar con Isabelle, es muy importante. ¿Cómo... cómo puedo localizarla? Quiero decir... si esa no es su casa... ¿dónde vive Isabelle? —Me mordí la lengua. La vivienda sí parecía ser un tema de interés para la vieja dama.

—Isabelle vive en Boissy-sans-Avoir —me indicó a voz en grito.

Boissy-sans-Avoir estaba a unos cincuenta kilómetros de París. Una pequeña y tranquila localidad que se había hecho famosa porque en ella está enterrada Romy Schneider.

—¿Entonces Isabelle suele ir a visitarla a usted? —insistí con cautela. ¡Dios mío, qué complicado era lo de la condesa rusa!

—¿Hola? —gritó ella de nuevo—. ¡Ya no oigo nada!

—Que Isabelle va de visita, ¡de visita! —repetí subiendo el volumen a tope.

—Sí, de visita. —Olga pareció asentir—. El domingo vuelve a su casa, es un encanto. —Su voz reflejaba satisfacción—. Viene a verme a menudo.

—Vaya, eso es estupendo. —Sentí alivio al saber que Isabelle no vivía en cualquier sitio perdido de Australia—. ¿Podría decirle que la he llamado, por favor?

—Sí. —Insegura, guardó silencio—. ¿Cuál era su nombre?

—Antoine —respondí con paciencia y a un volumen más moderado—. Antoine Bellier. Le he dejado también un mensaje en el contestador. —¡No fuera a ser que la vieja borrara mi mensaje!—. Espere, ¿tiene usted algo para escribir? Le daré mi número.

Sonó un ruido, el auricular del teléfono golpeó contra algo duro, luego oí susurros, crujidos, murmullos. Rogué para mis adentros que, en su búsqueda, Olga no se olvidara de volver al teléfono.

—La vieja ha ido a buscar algo para escribir —le expliqué a Nathan, que seguía mi conversación telefónica como si fuera una función de cabaret—. Isabelle solo va a visitarla, aunque luego va a volver. —Levanté el dedo pulgar y Nathan alzó su copa. Había encontrado a Isabelle. Todo lo demás se aclararía cuando por fin pudiéramos hablar.

—¿Hola? ¿Antoine? —Del susto, casi se me cae el teléfono de las manos. Olga se acordaba de mi nombre. Quedaba alguna esperanza. Le di mi número gritando lo máximo que pude. Ella lo anotó y luego lo repitió mal. Volví a dictarle el número correcto. Ella tachó las cifras equivocadas y escribió las nuevas encima. Las leyó otra vez.

—¡No! —grité con desesperación—. ¡No tres-cuatro-dos al final! ¡Dos-cuatro-tres, dos-cuatro-tres!

—Dos-cuatro-tres-dos-cuatro-tres —repitió ella con voz temblorosa.

—Sí, eso es. ¡Pero solo *una vez*! —Le pedí al cielo que Olga lo hiciera bien de una vez.

—No se preocupe, joven, le daré su mensaje. —De pronto madame Antonova parecía de muy buen humor.

—¡Es usted muy amable! —dije con alivio—. Y... madame Antonova...

—¿Sí? —graznó al auricular.

—Gracias. —Sonreí—. Y que duerma usted bien.

—¡Usted también, joven, usted también!

Asentí. Estaba agotado. Había encontrado a Isabelle. Era media noche y mañana sería otro día. Iba a dormir como un tronco, de eso estaba seguro.

Cómo iba a imaginar que todavía faltaba mucho para que se acabara la noche.

Nathan y yo nos tomamos otra copa. Luego le pedí un taxi. Cuando se despidió, me puso las manos sobre los hombros y me miró de una forma bastante curiosa.

—Creo que te debo una disculpa —dijo—. Cuando me has contado tu historia en el Bilboquet he pensado que estabas un poco loco. —Sus ojos brillaron—. ¿Sabes qué? ¡Te envidio, Antoine! Has creído firmemente en lo imposible y ahora es realmente posible. —Sacudió la cabeza—. Tu viejo amigo está impresionado.

Yo sonreí. No puedo negar que sus palabras me llenaron de cierta satisfacción. Algo así se llama «rehabilitación tardía».

Nathan abrió la puerta y se dispuso a marcharse.

—Te deseo suerte. —Me dio unos golpecitos con el dedo índice en el pecho—. Llámame. Quiero saber sin falta cómo acaba esto.

—¡Hecho! —Le deseé buenas noches y él bajó las escaleras hacia el portal.

Yo cerré la puerta y llevé las copas y los ceniceros llenos a la cocina. Me sentía extrañamente bien. Hoy había librado una batalla y al final había salido victorioso de ella. Había aprendido bastante ese día que acababa de terminar apenas un cuarto de hora antes. Había aprendido que hay que escucharse a sí mismo. Que no está mal confiar en los propios sentimientos. Que no hay que rendirse tan pronto cuando se trata de asuntos del corazón. ¡Sí, hay que luchar por la felicidad! En el amor y en la guerra está todo permitido. Y no es una locura agarrarse a cualquier clavo ardiendo.

Me desvestí, me puse el pijama y me dejé caer sobre la cama. Miré el techo y fue como si se abriera y me dejara ver un cielo lleno de estrellas. Mi último pensamiento antes de dormirme fue de felicidad.

¡Mañana... no, hoy volvería a ver a la mujer de mi vida!

Lanzo latas de cola contra *El pensador* de Rodin. Tengo diez latas y mis manos están húmedas a causa del miedo. Tengo que darle diez veces a la escultura, si no, habré perdido a Isabelle para siempre.

Ella está sentada en un columpio mirándome.

—Si fallas una sola vez, saldré volando —dice riéndose.

—¡No! —grito—. ¡No!

Hasta ahora le he dado cinco veces. Detrás de una valla hay un montón de japoneses haciéndome fotos. Alguien me entrega la siguiente lata. Es monsieur Duchâine, con su delantal de rayas azules y blancas.

—Esta es de carne de cordero —dice con gesto trascendente—. La he llenado yo mismo esta mañana. Todo de primera calidad. —Hay sangre pegada en su cuchillo.

Agarro la lata. Pesa muchísimo. Apenas puedo levantarla. No tengo mucho tiempo. Isabelle empieza a columpiarse. Lanzo la lata con todas mis fuerzas. Golpea a *El pensador*. La escultura cae de su pedestal. Todos gritan.

El vigilante del museo se dirige hacia mí. Lleva una bandeja de plata y está muy furioso.

—Este café no es para usted, monsieur —grita, y me agarra del brazo—. Váyase o llamo a la policía.

Estoy desesperado.

—Pero tengo que hacerlo —intento explicarle—. ¡Amo a esa mujer! —Señalo a Isabelle, pero de pronto el columpio está vacío. Isabelle vuela por el aire con su paraguas rojo como Mary Poppins y deja caer cientos de pequeñas tarjetas blancas que parecen confeti. Las tarjetas están vacías.

Consigo soltarme.

—¡Isabelle! —grito—. ¡Isabelle! ¿Adónde vas volando? —Corro tras ella lo más deprisa que puedo. Ella vuela por encima del Sena en dirección a la Torre Eiffel.

—Va a una fiesta —dice una voz a mi espalda. Es Rüdi, el peluquero gay. Lleva puesto un sombrero de mago y sonrío—. Les he hecho rastas a todos —explica—. Solo así se puede volar. Una nueva *création* del Rüdi's Salon... —Me agarra del pelo—. ¿Quieres que te dé hora? Natalie se ocupará de ti.

Estoy confuso. Ante mí está Natalie. Completamente desnuda. Su piel blanca brilla como el mármol. Está arrebatadora.

—Necesitas una entrada, si no, no puedes pasar —dice. Su largo pelo castaño ondea al viento. Sus ojos verdes brillan y su boca está muy cerca de la mía. Me besa, noto sus suaves labios, que se abren, y el suelo desaparece bajo mis pies. Noto como si estuviera cayendo, pero en realidad estoy ascendiendo. Estoy volando y extendiendo los brazos hacia delante, no sabía que era tan fácil.

Vuelo cruzando el cielo nocturno por encima del Sena, por el que se deslizan barcos llenos de luz, hasta la Torre Eiffel, que empieza a resplandecer. Es la hora en punto, oigo música apagada en el restaurante Jules Verne, que se encuentra en la segunda plataforma de la Torre Eiffel, donde aterrizo. Sé que dentro me espera Isabelle, su paraguas rojo está frente a la entrada. Estoy a punto de cogerlo cuando una mano me agarra del cuello. Es Snape.

—No toques ese paraguas —dice en tono amenazante—. Es de mi novia.

Le aparto y entro en el restaurante. Está lleno de gente que ríe y baila. Al fondo veo a Isabelle. Está mirando un reloj de pared. Parece triste.

Intento abrirme paso hasta ella, pero los demás clientes me rodean con alegre desenfreno. Una vieja dama vestida con un camisón blanco lleno de puntillas me coge de la mano y me invita a bailar un vals.

—¿Es usted amigo de Dimitri? —grita, y se ríe como una loca. El pintalabios rosa se le ha corrido y el pelo plateado está lleno de rastas. Es absurdo lo que está pasando—. ¿Viene usted también a la boda? —grita. Giramos cada vez más y más deprisa—. ¿Viene-usted-también-a-la-boda-viene-usted-también-a-la-boda...? —La pregunta chirría en mis oídos acompañada de las risas y la música de vals y un miedo que me atenaza como una mano helada.

Me desperté de golpe. ¡Qué horrible pesadilla! Agobiado, busqué en la oscuridad la lamparita de noche junto a mi cama y encendí la luz.

En un primer momento sentí un gran alivio. No estaba en la Torre Eiffel, en un baile de locos desenfrenados, sino en la seguridad de mi hogar callado y solitario. Me pasé la mano por el pelo, estaba empapado de sudor. Luego miré el despertador. Eran las dos menos cuarto. Solté un gemido y me dejé caer otra vez en la almohada. De seguir así, por la mañana parecería un muerto viviente.

Me abracé a la almohada y me puse de lado. No había que ser psicólogo para explicar ese extraño sueño. Era evidente que mi pobre cerebro trataba de asimilar de algún modo las emociones de las últimas horas y establecía las más extrañas conexiones. Los gritos de la vieja dama rusa resonaban todavía en mis oídos. «¿Es usted amigo de Dimitri? ¿Viene usted también a la boda?». La locura. Solté una risa soñolienta contra la almohada. Si todo seguía así, aquel violinista podía convertirse en mi hermano de sangre.

Y entonces dejé de reírme.

Me incorporé de golpe, completamente despierto. Mi subconsciente había almacenado una importante información que yo, el mayor de los idiotas, había pasado por alto.

«¿Es usted amigo de Dimitri? ¿Viene usted también a la boda?».

Eso es lo que me preguntaba la vieja dama rusa en mi sueño surrealista. Pero no me lo había preguntado solo en el sueño, sino también la primera vez que hablamos por teléfono.

Había tarareado música de vals. Iba a tocar toda la orquesta. Y Dimitri había encontrado una novia encantadora que era más guapa que la bella Basilisa.

Soltando un gemido, me di un golpe con la mano en la cabeza. ¡Cómo podía haber estado tan ciego!

Isabelle era la novia. Dimitri era el novio. Y yo quedaba fuera del juego.

Pero lo peor de todo el asunto era que la buena señora Olga Antonova me había preguntado: «¿Vendrá usted también mañana a la boda?». ¡*Mañana!* ¡Y mañana era ya hoy!

En unas pocas horas Isabelle iba a casarse con otro. Y yo no había tenido la más mínima posibilidad de hablar antes con ella y decirle que iba a cometer el mayor error de su vida. Porque yo, Antoine Bellier, era el hombre adecuado para ella.

El mensaje que le había dejado en el contestador no servía de nada. No estaba seguro de que Isabelle lo escuchara al llegar a casa. Y que la vieja Anastasia le diera correctamente mi número de teléfono era algo que me parecía cada vez más improbable.

En París, como en la mayoría de las ciudades europeas, las bodas suelen celebrarse por la mañana. Y a las tres de la madrugada no se puede convencer a nadie por teléfono de que suspenda su boda del día siguiente. Al menos no a una mujer a la que solo has visto una vez en un café y que, quizás en un ataque de pánico, te ha dado su número de teléfono.

Aparté la colcha, salté de la cama y empecé a dar vueltas por la casa como un tigre enjaulado. ¡Era desesperante! Erróneamente había pensado que mi mayor problema era encontrar a Isabelle. Pero mi mayor problema era el tiempo. Ya no valía esperar tranquilamente a que la mujer de mi vida me devolviera la llamada. O, en caso de que no lo hiciera, volver a llamarla yo mismo.

¡Tenía que hacer algo enseguida!

—Necesito una idea, Dios mío, necesito una idea —murmuré, y mi pijama se bamboleó alrededor de mi cuerpo mientras me movía entre los muebles.

No podía ser que alguien allí arriba hubiera guiado mi mirada hacia el cartel de la columna publicitaria para indicarme amablemente el camino correcto y luego acabar de este modo.

Una cosa estaba clara: solo tenía unas horas para trazar un plan B. Y tenía que ser genial. Tan genial que ninguna mujer pudiera resistirse a él.

Y la cuestión fundamental: ¿era yo un genio?

Media hora más tarde ya tenía un plan B. Si era genial, no lo sabía, pero se trataba de mi única oportunidad.

El plan era sencillo y que saliera bien, más que cuestionable.

Tenía que ver a Isabelle antes de la boda para explicárselo todo. Y para eso primero tenía que saber dónde vivía.

Gracias a Dios, tenía un número de teléfono y un nombre. Esta vez incluso un apellido. Y con un poco de suerte aparecería la anciana Olga en la guía telefónica.

Saqué la guía de la cómoda y pasé las hojas nervioso.

—Antonova... Antonova... —murmuré implorante—. ¡Aquí! Olga Antonova, Rue de Varenne...

Me puse en pie de un salto. Rue de Varenne... ¿sería posible? Ayer mismo había recorrido la calle para encontrarme en el Musée Rodin con una Isabelle que no era la auténtica Isabelle, sin imaginar siquiera que mi Isabelle estaba muy cerca.

¿Mi Isabelle?

A través de la ventana observé la noche, que no tenía ninguna respuesta para mí. De pronto todas mis pretensiones me parecieron bastante osadas. Isabelle se iba a casar mañana con un violinista ruso que era un tipo atractivo y además famoso. Al menos lo suficientemente famoso como para aparecer en los anuncios que estaban colgados en el Boulevard Saint-Germain. De pronto quedé reducido al tamaño de un enano de jardín.

¿Qué era yo? Un librero desconocido, *très sympa*, como se dice, pero sin duda sin una gran apariencia y nada famoso. Hacía falta bastante valor, sí, bastante descaro, para querer impedir una boda porque te han atrapado los bonitos ojos de la novia.

Probablemente me habría rendido en ese momento si no hubiera existido la frase que Isabelle había escrito en la tarjetita antes de dejarla caer en mi mesa.

*Me gustaría mucho volver a verle.*

Sí, debo admitir que me aferré a esa frase. Me salvaba de ahogarme. ¿Por qué motivo reparte una mujer esas tarjetas el día antes de su *boda*? ¿Porque era una ninfómana? ¿Porque no estaba segura? ¿O porque al verme había sentido —bueno, sí— algo especial?

¿Y yo? Bastaba con que pensara en su sonrisa y mi corazón se encogía y lo quería todo. Esa mujer me esperaba y yo no podía llegar tarde. El sueño me lo había dejado claro. Y daba igual cómo acabara la historia para mí —y de hecho podía acabar bastante mal, según me recordó con horror la fuerte garra de monsieur Snape—, ¡tenía que arriesgarme! El verdadero riesgo era no arriesgar nada en la vida. ¿Era esa frase una cita o me la acababa de inventar?

Daba igual. Yo, Antoine Bellier, que probablemente había leído demasiadas

novelas, no iba a tener que reprocharme más tarde no haber hecho todo lo posible.

En pocas horas iría corriendo a la Rue de Varenne y llamaría al timbre de la casa de Olga Antonova, que en ocasiones era también la casa de Isabelle.

Apoyé las manos en el marco de la ventana y vi mi cara reflejada en el cristal. Las gotas de lluvia corrían por mi frente, mis mejillas, mi nariz... era como si un fantasma mirara por la ventana.

—¿De verdad estás completamente seguro, Antoine? —pregunté.

—Completamente seguro —respondió el fantasma.

Alas seis ya estaba otra vez en pie. Me encontraba sorprendentemente despierto para haber dormido apenas tres horas. Me duché tranquilamente, me puse ropa limpia y me sentí como nuevo. La confusión había desaparecido y, teniendo en cuenta lo que me esperaba, estaba sorprendentemente tranquilo. Bueno, nadie consigue mantenerse en un estado de máxima excitación diecisiete horas seguidas. Me preparé un café, encontré unas galletas que unté con los últimos restos de una mermelada de fresas y le dejé a Julie un breve mensaje avisándola de que aceptaba su amable ofrecimiento y llegaría algo más tarde a la librería.

Luego me puse en camino.

Eran las siete cuando crucé el pequeño patio interior y el portal. Las calles todavía estaban desiertas y el cielo gris y cubierto de nubes, pero ya no llovía. A pesar de todo llevaba mi paraguas conmigo. Y, naturalmente, mi móvil. Era posible que Isabelle hubiera oído mi mensaje.

Pensé en coger un taxi, pero enseguida descarté la idea. No tenía ganas de oír las opiniones de un malhumorado taxista sobre la situación en Afganistán ni de aguantar las quejas sobre nuestros incompetentes políticos. En París todos los taxistas o están de mal humor o quieren discutir contigo.

El metro tampoco tenía mucho sentido, dos estaciones y ni siquiera estaría todavía donde quería. Además, no me gusta viajar en metro, algo de lo que Nathan siempre se ha reído. Sigo pensando que es sorprendente lo deprisa que se puede cruzar París en este medio de transporte, pero todavía no he conseguido acostumbrarme a la idea de desaparecer bajo tierra como un topo y atravesar los túneles a toda velocidad en un espacio tan reducido y rodeado de gente con cara de cansancio —créanme, con la luz de neón del metro cualquiera tiene cara de enfermo y cansado.

Y ahora que estaba en el camino decisivo necesitaba tener la certeza de poder guiar cada uno de mis pasos, si es que algo así es posible en esta vida.

Pasé por delante de la iglesia de Saint-Sulpice y de la editorial Plon, donde el pasado verano al salir me había pillado la mano con la puerta de hierro. Me había dolido mucho y recordé con una sonrisa cómo salí corriendo hasta la gran fuente de la plaza para meter mi maltrecha mano en el agua. Desde entonces me invade un sentimiento de gratitud cada vez que veo las fuentes de la Place Saint-Sulpice lanzando el agua por los aires.

Giré por la Rue Colombier. En el Vieux Colombier los camareros empezaban a poner las sillas de bistró de dibujos verdes y negros junto a las mesas. Miré a través del cristal de la fachada, con su estructura metálica antigua, y me sentí confiado. Era un día nuevo y todo volvía a empezar.

Avancé a buen ritmo, la mañana se iba aclarando, y crucé la Rue de Rennes. Paso a paso me iba acercando a mi objetivo, del mismo modo que ayer me había alejado paso a paso de él. Una especie de *déjà vu* hacia atrás.

Eran las ocho menos cuarto cuando me detuve delante de un viejo edificio no lejos del Musée Rodin en la Rue de Varenne y estudié excitado los nombres de los inquilinos. Suspiré aliviado. Había encontrado la casa que estaba buscando.

La Rue de Varenne es una calle más bien tranquila. Sobre todo a las ocho de la mañana. Ante los edificios gubernamentales, de los que hay muchos por allí, los vigilantes de uniforme observan a los viandantes con gesto inalterable.

Me sentí algo incómodo deambulando por delante del edificio como si estuviera planeando un atentado con bomba.

Era demasiado temprano para llamar al timbre. Por otro lado, quería estar seguro de que Isabelle no salía de su casa y se me volvía a escapar.

Di unos pasos arriba y abajo moviendo el paraguas. Luego volví a detenerme delante del edificio y me apoyé en la pared. Miré el reloj como si estuviera esperando a alguien. Bostecé, aunque no estaba cansado. Me pasé la mano por el pelo. Casi pasaba tan desapercibido como Mr. Bean como agente secreto.

Finalmente avancé otra vez unos pasos hasta el semáforo más próximo. Esperé a que se pusiera verde, luego crucé la calle y me quedé mirando con disimulo el escaparate de una tienda cuya fachada estaba pintada de color rojo sangre. Mesas cargadas de alegres copas y finas porcelanas, cubiertos con mangos de colores. La tienda perfecta para una lista de bodas. Sacudí la cabeza. Miré otra vez el reloj. Probablemente se había parado. El tiempo avanzaba más despacio que un caracol. Indeciso, volví hasta el semáforo.

Desde el otro lado de la calle un poli me observaba con mirada escrutadora. De pronto me sentí culpable. Yo era el hombre que no debía estar allí. Un hombre que espiaba las viviendas con malas intenciones.

Sonó mi móvil. Era Nathan. El policía seguía todos mis movimientos con interés.

—¿Qué, Antoine, cómo va todo? —preguntó Nathan mientras masticaba y se estiraba. Era evidente que estaba desayunando—. ¿Ya despierto?

—Hola, Nathan —dije. Y agaché la cabeza antes de susurrar—: Estoy ya en la Rue de Varenne... —Hasta en mis oídos sonó como Sam Spade a punto de desaparecer lo antes posible.

—¿Dónde dices que estás? —preguntó Nathan sorprendido.

Giré por una calle lateral.

—Escucha, la situación es más seria de lo que pensaba. No tengo mucho tiempo. —Me volví hacia el policía para ver si me seguía, pero se había parado en la esquina—. Creo, no, estoy seguro de que Isabelle se casa hoy. He buscado la dirección de la

mujer rusa y voy a hablar con Isabelle antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo se te ocurre ahora eso? —preguntó Nathan.

—La anciana rusa me preguntó la primera vez... bueno, que si iba a ir a la boda de Dimitri y todo eso. Lo he recordado esta noche de pronto.

Nathan soltó un gruñido de incredulidad.

—Ahora tengo que colgar —dije—. Luego te llamo.

Sin esperar su respuesta, colgué y volví corriendo a la Rue de Varenne. El policía había desaparecido. Eran las ocho y cuarto y había llegado el momento de actuar. Me armaría de valor y llamaría al timbre. Luego le pediría a Isabelle por el telefonillo que bajara porque tenía que decirle algo muy importante. Y unos minutos después ella abriría el portal, me miraría y diría: «¡Eres tú, por fin!». Y yo cogería su mano para no volver a soltarla nunca más.

Más o menos así me había imaginado yo la escena. Pero, naturalmente, no fue eso lo que ocurrió.

Apreté dos veces el botón de latón y esperé.

Pasó una eternidad, luego se oyó un ruido en el telefonillo.

—¿Sí? —Una voz totalmente distorsionada se abrió paso a través de las ranuras del pequeño cuadrado acústico junto a la puerta. ¿Era Isabelle? Me incliné hacia la voz.

—Sí, soy Antoine Bellier, el hombre del café. ¿Es usted, Isabelle?

—¿Sí?! —preguntó la voz más alto, más chillona que la primera vez, de algún modo asustada, y sospeché que no era Isabelle—. ¿Quién es?

Y entonces sonó la frase que tanto temía, mi tortura personal.

—¿Dimitri? ¿Dimitri, eres tú? —retumbó en mis oídos.

Apreté los ojos y encogí los hombros con impotencia. ¿Por qué las cosas no podían salir alguna vez bien a la primera?

—Tengo que hablar con Isabelle —grité en vez de contestar a su pregunta.

—¿Hola? ¿Quién es? —repitió la anciana con insistencia—. ¡No voy a dejar entrar a nadie!

Por la mañana yo era la tranquilidad en persona. Ahora podía oír la sangre bullir en mis oídos. Miré la enorme puerta verde y pensé si podría echarla abajo de una patada. Naturalmente, no podía, así que respiré hondo para bajar mis pulsaciones. Cualquiera yogui se habría sentido orgulloso de mí.

—Madame Antonova —grité con un entusiasmo fingido—, soy Antoine. Hablamos anoche por teléfono, ¿se acuerda?

—No. —Su voz sonaba furiosa y confusa. Probablemente la había sacado de la cama—. ¿Qué quiere de mí?

—Nada, madame Antonova, nada. —Decidí darle una alegría—: Soy amigo de Dimitri —dije. Ya casi lo creía yo mismo—. ¿Puedo hablar con Isabelle, por favor? Es urgente.

—¡Ah, bueno! —Pareció más confiada—. ¿Por qué no lo ha dicho antes? ¿Va a ir usted también a la boda?

—¡Sí! —grité desesperado—. ¿Está Isabelle? —¡Dios mío, qué grande debía de ser la casa de esa rusa exiliada para que Isabelle no se enterara de nada de lo que estaba ocurriendo!

—Isabelle ha salido. Ha ido a recoger las flores —se oyó por el telefonillo.

—¿Qué? —pregunté con incredulidad.

¿Cuándo había abandonado Isabelle el edificio? Yo no había visto a ninguna mujer rubia por la calle. ¿Había sido justo mientras hablaba con Nathan por teléfono?

*Zut, alors!* ¡Maldita mierda! Golpeé la pared con el puño.

—Ha ido a por las flores. ¡Para la boda! —dijo Olga gritando como una loca—.

¿Me oye? —probablemente pensara que yo estaba sordo.

—Sí, sí, la oigo. ¿Va a volver Isabelle?

Mi aliada rusa se lo pensó un instante.

—No —contestó luego—. Quería... hacer algo, creo.

Estaba a punto de comerme la pared a mordiscos.

—¿Dónde está la floristería, dónde? —grité.

—Muy cerca de aquí, en la Rue de Bourgogne, creo... —respondió madame Antonova.

—Gracias —grité, y ya iba a salir corriendo cuando se me ocurrió una idea—.

¿Madame Antonova? ¿Hola? ¿Sigue usted ahí?

El telefonillo hizo un ruido.

—¿Sí? ¿No quiere usted subir, joven? No puedo estar tanto tiempo aquí de pie.

Vi a la anciana haciendo equilibrios sobre sus muletas delante de la puerta y confié en que aguantara un momento más.

—Otro día, madame... otro día —respondí con amabilidad, suponiendo que ese día no llegaría nunca—. ¿Dónde se celebra la boda?

Me acerqué más al telefonillo, dispuesto a absorber cualquier tono que saliera por él.

Olga no contestó al momento.

—La boda... —repitió pensativa, y yo maldije su memoria a corto plazo—. En el Sacré-Coeur —dijo de pronto, y solo pude confiar en que no hubiera dicho la primera iglesia que se le había ocurrido. Se rio contenta—. Hoy a mediodía en la vieja iglesia de la cúpula de pan de azúcar. Desde allí se contempla la mejor vista de París...

—De acuerdo —grité—. Tengo que irme.

—Salude a Dimitri de mi parte... —Su voz tembló—. Para mí supone un gran esfuerzo...

—Claro, lo haré —dije, deseando poder mandar a Dimitri a la luna.

Recorrí la Rue de Bourgogne como un loco. ¿Dónde estaba esa maldita floristería, dónde? Había perdido algo de tiempo, pero no descartaba la posibilidad de encontrar a Isabelle allí todavía.

Miré a derecha e izquierda, pasé a toda prisa por delante de un pequeño hotel, un *traiteur* que todavía estaba cerrado, una frutería que ya había abierto, una farmacia, un banco en el que había un hombre sacando dinero... Pero no veía ninguna floristería por ningún lado. Tal vez la vieja se lo había imaginado todo y vivía su propio sueño de felicidad.

Pero, en cualquier caso, ese Dimitri existía. Isabelle también. ¡Y allí, en la esquina, a la izquierda, estaba también la floristería por fin!

Entré como si fuera un rottweiler persiguiendo a un conejo, tropecé con un jarrón lleno de flores que se volcó con gran estruendo, me detuve y miré alrededor. La tienda era pequeña y estaba claro que Isabelle no estaba en ella. Pero una joven rubia con coleta me miraba con gesto amable.

—Vaya, parece que tiene usted mucha prisa —dijo, recolocando bien el jarrón—. ¿Huye usted de alguien? —Las comisuras de sus labios se elevaron hacia arriba. Tenía unos bonitos hoyuelos.

«No, intento cazar a alguien», estuve a punto de decir. Mi afición por las floristerías parecía haber crecido últimamente, me pareció.

—¡Oh, cielos, lo siento mucho, *pardon!* —exclamé casi sin aliento. Abrumado, me aparté del charco que estaba pisando—. Yo... estoy buscando a alguien.

Ella se agachó y volvió a poner las flores en el jarrón.

—¡Ajá! —dijo—. ¿Puedo ayudarle?

Yo asentí agradecido.

—Tal vez. —La ayudé a limpiar el agua y la miré—. ¿No habrá estado aquí, por casualidad, una mujer rubia muy atractiva que venía a recoger un... un... ramo de novia?

Los dos nos incorporamos a la vez.

—Si era un ramo de novia, no lo sé —respondió la muchacha—. Pero hace una media hora ha estado aquí una mujer rubia que ha comprado dos preciosos *bouquets* de flores.

¿Dos ramos? ¿Era eso normal? Hacía como un año que había estado en una boda. Mis amigos no tenían ninguna prisa por casarse. ¿Quién sabe? A lo mejor es que ahora se compraban dos ramos, uno para conservarlo y otro para lanzarlo.

La muchacha de la floristería notó mi desconcierto.

—No estaba sola. En la calle la esperaba otra mujer que paró un taxi —se apresuró a añadir—. Lo he visto perfectamente. Era también muy guapa, por si le

interesa saberlo, incluso más guapa que la otra. Podría ser una modelo. Pero tenía el pelo oscuro. —El hada de las flores se puso una mano delante del pecho—. Como por aquí. —Me miró—. Pero a usted le gustan más las rubias, ¿no?

¿Una mujer con el cabello oscuro? ¿Tenía ese tal Dimitri una hermana?

—En cualquier caso, iban las dos a una boda —siguió parloteando la chica rubia mientras su coleta se bamboleaba—. Lo sé porque ayer oí que la mujer rubia preguntaba si podía recoger las flores temprano porque tenía una boda en el Marais. —Dejó la bayeta a un lado—. Normalmente no abrimos hasta las nueve, ¿sabe?

La miré atónito. El asunto era cada vez más opaco. Era Isabelle la que había estado en la floristería, sin duda. Pero ahora aparecía otra belleza morena y había dos ramos. ¿Y cómo es que la maldita boda se celebraba en el Marais?

—No puede ser —repliqué—. ¿Está usted segura de que dijo «Marais» y no «Montmartre»?

La chica asintió.

—Bastante segura. —Reflexionó un momento—. Habló con mi jefa, ¿sabe? Quiero decir... incluso mencionó la iglesia... Espere... casi lo tengo...

Yo la miré expectante y pensé: «¡Suéltalo, pequeña, suéltalo!».

Ella arrugó la frente, luego sacudió la cabeza.

—No, no me acuerdo... No se me dan bien los nombres, ¿sabe? —Encogió los hombros y sonrió.

Yo hice como que también me reía. ¿Es que aquella chica tenía que acabar todas las frases con la coletilla «¿sabe?»?

—¿Sabe una cosa? —Me miró sonriendo—. Podría llamar a mi jefa. Ella habló un rato con la clienta y seguro que se acuerda.

Miré el reloj. Eran las nueve menos diez. ¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Y cuántas malditas iglesias en las que se quería casar Isabelle había en París?

Treinta enervantes minutos más tarde tenía la información que necesitaba. Fue lo que tardó «la jefa» en finalizar una larga conversación telefónica con una amiga y hablar por fin con su empleada. En cualquier caso, a la jefa se le daban los nombres mejor que a su rubia ayudante.

El nombre de la iglesia era Saint-Paul-Saint-Louis. Y la boda en cuestión se celebraba a las diez y media, aunque también era posible que fuera a las diez. *Si* es que era la boda que yo quería impedir. Y si es que se celebraba realmente allí y no en Montmartre.

Era evidente que la memoria de la vieja Anastasia no estaba en muy buenas condiciones, pero en cualquier caso no se trataba de un asunto cualquiera, sino de su querido Dimitri, y por eso había que crearla capaz de tener un momento de lucidez.

Me quedaba tan solo una insignificante media hora para averiguar en qué punto del Marais se encontraba la *église* Saint-Paul-Saint-Louis y luego aparecer en dos iglesias a la vez para secuestrar a la novia.

Un auténtico reto. Iba a convertirme en el primer librero en conseguir el milagro de la bilocación. Si no me volvía loco antes. Solté un profundo suspiro.

Con gesto serio observé cómo la joven florista buscaba la iglesia en un plano de la ciudad.

—¡Aquí! —exclamó—. ¿La ve? La iglesia está exactamente aquí, donde la Rue de Rivoli se junta con la Rue Saint-Antoine.

¿La Rue *Saint-Antoine*? Solté una risotada y la muchacha me miró sorprendida. ¿Acaso era una broma? ¿Es que alguien del maravilloso mundo de Amélie me tomaba por un loco e iba dejando pistas? ¿Había alguien repartiendo tarjetitas, columnas publicitarias, floristas y carteles por todo París para hacerme correr de un sitio a otro?

Me incliné sobre el plano y entonces tuve una idea. Había dos iglesias a considerar en relación con la boda, pero solo un hombre que podía evitar la ceremonia, o sea, yo. Aunque viéndolo de otro modo, no había una iglesia de más, sino un hombre de menos. Y por eso —tras dar las gracias a la muchacha de la floristería y salir a la calle a buscar un taxi— Nathan tenía que ayudarme.

Tres minutos más tarde tenía ya un taxi... y a Nathan al aparato.

—A la *église* Saint-Paul-Saint-Louis, *vite, vite* —le grité al taxista mientras abría la puerta y me dejaba caer en el asiento trasero.

—¿Nathan? —grité por el teléfono—. Soy Antoine. Tienes que venir inmediatamente. No queda tiempo.

—Antoine, ¿qué estás diciendo? Tengo un cliente... —oí cómo se cerraba una

puerta—... en el diván —terminó Nathan su frase.

—Pues envíalo a casa —le ordené—. Tienes que ir al Sacré-Coeur por mí...  
*¡ahora mismo!*

—¿Te has vuelto loco, Antoine? No puedo dejar a ese hombre aquí tirado. Me necesita.

—¡Yo te necesito! ¡Yo! —le dije en tono suplicante. El taxista me miró por el retrovisor y tuvo que dar un frenazo porque casi atropella a un ciclista, que golpeó furioso el techo del coche—. ¡Mire hacia delante! —le indiqué con brusquedad—. ¡Nathan! —proseguí—. ¡Eres mi amigo y vas a ayudarme! —Ignoré sus protestas—. Escucha, hay dos bodas... No, dos iglesias en las que puede estar Isabelle. —Miré con odio al taxista, que volvía a consultar su retrovisor para no perderse nada del drama que se representaba en el asiento trasero del vehículo—. La vieja dice que es en Montmartre, la florista dice que es en el Marais. —Mis palabras cayeron como flechas sobre un Nathan enmudecido—. Yo me dirijo ahora hacia Saint-Paul-Saint-Louis. Tu consulta está cerca de Montmartre. Así que coge el maldito metro... y llámame cuando llegues a la iglesia.

—Está bien, tranquilízate, lo haré —dijo Nathan—. Pero... ¿qué hago si Isabelle está allí?

—Pues me llamas y retrasas la boda hasta que yo llegue —respondí.

—¡Sí, genial! ¿Y cómo lo hago? ¿Me llevo una pistola?

Me puse furioso.

—¡Por el amor de Dios, Nathan! ¿Qué sé yo? Ya se te ocurrirá algo, para eso eres psicólogo. —Reflexioné un instante—. Di que a la vieja rusa le ha dado un infarto de la emoción y está a punto de palmar y quiere ver a Isabelle por última vez. No, mejor di que es ese estúpido Dimitri quien debe ir al hospital. —Encantado con mi idea, me reí. Luego añadí muy serio—: ¡Confío en ti!

Agotado, me recliné en el respaldo y crucé una nueva mirada con el taxista.

—*Des problèmes, 'sieur?* —preguntó con tono desagradable, y miró al frente.

Yo no contesté y miré también hacia delante. ¡Qué pregunta más tonta! ¡Claro que tenía problemas! Siempre hay problemas y todos los taxistas lo saben.

Y entonces me di cuenta de que en ese preciso instante había surgido un nuevo problema. Un problema que ni siquiera yo podía solucionar.

Eran las diez menos cuarto, era viernes, acabábamos de cruzar el Sena y estábamos en un atasco.

La avalancha metálica se deslizaba a cámara lenta por la Rue de Rivoli. Había empezado a llover otra vez. Cabía la posibilidad de que se avecinara una catástrofe climática y que pronto crecieran palmeras a orillas del Sena, como anunciaban algunos expertos, pero estaba claro que a abril eso no le afectaba. Era como una diva caprichosa que exteriorizaba sin pudor sus estados de ánimo cambiantes y nos ponía a todos de mal humor.

Tamborileé con los dedos en el cristal. El ciclista al que el taxista había estado a punto de atropellar pasó a nuestro lado. Él al menos avanzaba. De pronto me vi en una fantasía salvaje abriendo de golpe la puerta del taxi y tirando al joven estudiante de la bicicleta, con la que yo salía corriendo.

—*Aaah, merde!* —maldijo también el taxista. Sus manos fuertes golpearon el volante—. Lluve un poco... y ya conducen todos como idiotas. Seguro que hay algún imbécil que no ha estado atento...

—*Monsieur* —dije agobiado, y me asomé entre los dos asientos delanteros—. Tengo muchísima prisa. —Le solté mi desesperado mensaje directamente en la oreja derecha. La oreja enorme de un viejo francés. Si seguíamos así no llegaríamos a la iglesia de Saint-Paul-Saint-Louis (¿qué nombre era ese?!) en todo el día, eso estaba más claro que el agua.

El taxista asintió.

—Lo entiendo, *monsieur*, pero ¿qué puedo hacer yo? —Volvió la cabeza hacia mí—. *Les Russes, hein?* —preguntó—. Nada como los rusos. —Era evidente que quería aprovechar el atasco para dejar clara su opinión sobre los rusos.

Me desplomé en el asiento y sopesé qué posibilidades me quedaban.

—Es así —continuó el taxista con decisión. Había vuelto a avanzar un poco—. ¿Quién puede permitirse hoy los hoteles más caros de la ciudad? ¿Quién mata el tiempo en las mejores tiendas, *hein?* No los jeques, eso era antes. —Gesticuló enérgicamente con las manos—. Yo le digo, *monsieur*, ¡que son los rusos! Antes eran pobres, ¿y ahora? Ahora llegan aquí enseñando los billetes, beben champán, comen ostras y caviar, apestan a dinero y lo compran todo... nuestras empresas, nuestras mujeres...

Avanzó un poco más, necesitó la mano para cambiar de marcha, hizo una pausa de cinco segundos y buscó mi mirada en el retrovisor.

Mis ojos le miraron vidriosos. Se había apoderado de mí un curioso entumecimiento, me sentía como si fuera de cemento, pero en mi interior bullía un volcán.

No tenía ganas de iniciar un debate racista en torno a los rusos y me habría gustado gritarle: «¡Cierra el pico!».

¿Qué me importaban a mí los rusos? ¡Yo quería encontrar a Isabelle y eran las diez menos diez! Estaba a punto de perderlo todo. Los rusos no eran mi problema. ¿O sí?

Mientras dejaba que el taxista, que entretanto se había crecido y lo sabía todo «perfectamente» —los taxistas de París lo saben todo perfectamente y tienen una clara opinión acerca de cada tema—, siguiera con sus explicaciones, se me ocurrió un plan realmente diabólico.

—*Mais, monsieur* —dije de pronto interrumpiendo su monólogo—. ¿Qué le voy a contar? Uno de esos malditos rusos me ha robado a mi chica.

El taxista se revolvió en su asiento.

—Mientras yo estaba en viaje de negocios. —Me incliné de nuevo hacia delante y golpeé con la mano el asiento—. Yo estaba trabajando como un idiota y mientras el otro se arrimaba a mi pequeña. —Era una historia verdaderamente desgarradora—. Y si no estoy en esa iglesia dentro de... —miré el reloj—... diez minutos, se casará con él. ¡Mi Isabelle! ¡Ayúdeme, monsieur!

Un sollozo se escapó de mi garganta.

El taxista rechinó los dientes.

—Eso ya lo veremos... eso ya lo veremos —murmuró. Luego metió la marcha atrás—. ¡Agárrese bien, monsieur! ¡Allá vamos!

Fue uno de los viajes en taxi más espectaculares que yo había vivido. Una excitante mezcla de montaña rusa y coches de choque.

El taxi retrocedió con un chirrido de ruedas, luego se salió de la fila, esquivó el atasco ignorando los furiosos bocinazos de los demás conductores y avanzó un trozo por la acera. Asustado, un negro que corría por la calle con una bolsa de basura azul llena de bolsos de imitación se apartó de un salto.

—¡Que te den! —gritó agitando el puño en el aire.

—*Ta gueule!* —le contestó mi taxista enseñándole el dedo—. ¿Y dónde están tus permisos, eh? ¿Dónde? —Luego giró por una calle lateral—. No se preocupe, monsieur —dijo dirigiéndose a mí otra vez—. Sacaremos a su chica de ahí. Llegaremos a tiempo, conozco un atajo.

Volvió a tomar una curva bruscamente y yo me agarré con fuerza al respaldo del asiento delantero. O llegábamos a tiempo a la iglesia o teníamos un accidente mortal, y ambas cosas estaban bien.

Nuestro hombre en París volaba en dirección prohibida por una calle de un solo sentido cuando sonó mi móvil. Eran las diez y cuarto.

—¿Sí? —grité por el teléfono.

—Soy Nathan. —Se oían voces de fondo—. Estoy ya en Montmartre, pero aquí arriba no hay nada. Está lloviendo a mares. Te lo digo, yo habría... —La comunicación se interrumpió unos segundos, luego volví a oír a Nathan—. He estado en la iglesia... solo los turistas habituales. Hasta he bajado al carrusel y he mirado un poco por los cafés. Aquí no hay ninguna novia... ni ninguna boda. ¿Y allí?

Un coche se dirigía directo hacia nosotros y el taxista lo esquivó hábilmente por la acera, aunque golpeó un contenedor de basura.

—Todavía no sé. Estoy de camino. —Las ideas se agolpaban en mi cabeza. Así que el Sacré-Coeur quedaba descartado, había sido una invención de Anastasia. Pude ver la basílica blanca como la nieve con sus cúpulas bizantinas. Una vez había estado en una boda en Montmartre, pero no se había celebrado en el Sacré-Coeur, sino en una pequeña iglesia que está justo al lado y que pasa bastante desapercibida a pesar de ser una de las más antiguas de París.

—¡Nathan! —grité—. ¿Has mirado también en la iglesia pequeña, en Saint-Pierre-de-Montmartre?

Nathan dijo que no.

—¡No cuelgues, voy a mirar! —exclamó y salió corriendo—. Estoy delante de la iglesia, bonita puerta, por cierto —dijo unos segundos más tarde. Y luego añadió nervioso—: ¡Antoine! ¡Se oye música dentro!

Di un salto en mi asiento. Era la orquesta de cámara San Petersburgo.

—¡Maldita sea! —exclamé.

Entretanto el taxista había abandonado la calle de un solo sentido y conducía de nuevo según las normas de tráfico de la ciudad de París, si se prescinde de la velocidad excesiva, claro.

—No se preocupe, monsieur, enseguida llegamos —gritó—. No pierda los nervios ahora.

—¡Vamos, Nathan, entra! ¿A qué esperas? —grité a mi amigo. Le vi empujar la puerta de la iglesia y avanzar bajo la luminosa bóveda de la nave central.

Ahora podía oír yo también la música. Apreté el móvil contra mi oreja. Sonaba como si los ángeles cantaran en el cielo. Divino. ¿Podían crear los violines sonidos tan esféricos?

—Nada de nada —dijo Nathan con sequedad—. Aquí solo está ensayando un coro de niños.

En ese momento el taxi dio un frenazo y yo salí disparado hacia delante. Me di con la cabeza en el asiento delantero y el móvil se me escurrió de la mano.

Delante de nosotros estaba aparcado un camión con las luces de emergencia. Unos tipos descargaban maniqués desnudos con toda la calma del mundo.

Palpé el suelo en busca de mi teléfono. La pantalla estaba apagada y se había cortado la comunicación.

—*Ah, non! C'est pas possible!* ¡No puede ser! —protestó el taxista. Luego se volvió hacia mí—. Será mejor que se baje aquí, monsieur. Si en la próxima esquina gira a la derecha y sigue todo recto llegará directamente a la iglesia. *Allez-y, allez-y*, enséñele a ese granuja lo que es bueno —añadió sosteniendo los dos puños en alto—. Le deseo mucha suerte.

Le di las gracias a mi amigo el taxista, que tenía buen corazón... siempre que se tratara de compatriotas. Le di un buen billete, a pesar de que yo no era ruso, agarré mi móvil y abrí la puerta del coche. Seguía lloviendo. Lancé una última mirada de lástima a mi paraguas, que se iba a quedar en el taxi porque esprintar con paraguas no será nunca una disciplina olímpica.

Y eché a correr.

Eran las diez y media cuando llegué a la *église* Saint-Paul-Saint-Louis. Mi corazón latía desbocado.

Delante de la puerta principal de la gigantesca iglesia barroca, que se alzaba bajo el cielo gris de París como un monumento a la profecía, había un grupo de gente. Personas elegantemente vestidas, cobijadas bajo paraguas de colores, que a pesar del mal tiempo charlaban y reían y miraban en una misma dirección. Era evidente que estaban esperando a los novios. ¡Aún no estaba todo perdido!

Pasé corriendo por delante de ellos hacia la puerta principal, abierta de par en par. La iglesia estaba vacía. En los bancos colgaban pequeños ramos de flores de colores. ¿Dónde estaba Isabelle?

Me giré y eché un vistazo a la plaza. Y entonces vi lo que los demás también estaban viendo y se me paró el corazón. Enfoqué la escena muy despacio.

Un viejo Citroën azul claro estaba aparcado en la calle al final de la plaza. Alguien había atado un enorme lazo de tul blanco en el parachoques. El grupo de gente avanzó hacia el vehículo como una vistosa ola. Junto al Citroën, bajo un paraguas negro, estaba el inconfundible Snape ayudando a la novia a salir del coche. Se veía una pierna con una media blanca y una pequeña porción del velo, que se enganchó un instante en la puerta. Pero ¿qué estaba ocurriendo? La novia no se bajaba del coche.

Entorné los ojos para poder ver con más claridad. Y entonces por fin lo entendí. Me quedé paralizado, era incapaz de moverme.

Snape no estaba ayudando a la novia a bajarse del coche. ¡La estaba ayudando a subir! Luego cerró su paraguas, se dirigió hacia el otro lado y se sentó al volante. Oí el ruido de la puerta al cerrarse y cómo el motor arrancaba y el coche se ponía en marcha entre los gritos de entusiasmo de los invitados.

Lo último que vi fue una mano enfundada en un guante blanco que saludaba por la ventanilla entreabierta.

Había llegado demasiado tarde.

Me dejé caer en las escaleras de la iglesia y me quedé mirando cómo se alejaba el coche nupcial. Estaba sentado entre miles de pétalos de rosa, pero igual podían haber sido cacas de perro.

—¿Viene usted también al restaurante? —me preguntó alguien que, salido de la nada, se materializó delante de mí.

Bajé la mirada. Vi un paraguas de cuadros verdes, luego a un joven que estaba unos escalones más abajo que yo.

—Bonita boda, ¿verdad? —dijo asintiendo con una sonrisa.

Me quedé mirándole como un perro herido. Acababa de hundir un poco más el cuchillo que yo tenía clavado en el corazón.

—¿Es usted también de la orquesta? —Al parecer me rodeaba el aura de un músico ruso que ha sufrido un ataque de melancolía, justo eso que comúnmente se denomina «el alma rusa».

Hice un movimiento indeterminado con la cabeza.

—Seguro que es usted amigo de Dimitri, ¿verdad? —preguntó el hombre del paraguas con complicidad. Le faltó poco para darme unas palmaditas cariñosas en la espalda—. Un buen tipo, ese Dimitri.

Apreté los párpados un instante y pensé si sería buena idea tumbar de un puñetazo a aquel joven tan amable.

Pero de pronto me cayó a plomo toda mi penosa soledad, como una de esas pesadas bolas con las que se echan abajo los edificios. Me puse de pie tambaleándome un poco y bajé un escalón.

—No, no —dije cansado—. No soy su amigo. Ni siquiera he venido a la boda. Estoy aquí solo por casualidad.

Había dejado de llover. Eché a andar sin saber adónde iba.

A veces uno puede estar en una de las plazas más bellas del mundo y que eso le haga sentirse aún más triste.

No sé si la Place des Vosges es una de las plazas más bonitas del mundo, porque no he estado en todas las plazas del mundo. Solo sé que es una de las plazas más bonitas de París y que ya llevaba dos horas allí sentado.

Había vagado medio aturdido por el Marais y en algún momento había aterrizado en ese oasis de tranquilidad que, con su perfección, me puso infinitamente triste.

Estuve sentado en un banco como un viejo que dispone de demasiado tiempo y por un rato me quedé al margen de la vida, con todas sus casualidades e imprevistos. Ya no tenía prisa. Era un observador, ya no participaba en la acción.

Hasta mi móvil se dio cuenta y se quedó muerto.

Ayer, unos cien años antes, salí a la calle tan contento en mi pausa de mediodía. No habían pasado ni veinticuatro horas. Había estado casi veinticuatro horas persiguiendo un sueño en el que había creído más que en cualquier otra cosa.

Todo había terminado y, en el mismo banco verde en el que estaba sentado observando los grandiosos edificios que rodean la plaza formando un cuadrado perfecto, me pregunté si en realidad no me habría inventado toda aquella maravillosa historia de amor. Una historia de amor sin lógica. Sin una palabra, sin un beso. Y, a pesar de todo, la más bella que yo había vivido jamás.

Me iba a resultar muy difícil olvidar a Isabelle. ¿Qué mujer iba a poder compararse con ella?

Mi ángel nunca alcanzado, que se había desvanecido en el aire como la doncella de nieve que, por su amado, tuvo que atravesar el fuego. Un ángel del que no me quedaba nada más que un saludo blanco que ni siquiera iba dirigido a mí.

Estaba demasiado triste para apreciar la belleza de la Place des Vosges. Pero, por desgracia, no estaba tan triste como para no tener hambre.

Si mis tripas no hubieran empezado a hacer ruidos, probablemente habría seguido allí sentado, hundido en mi dolor. Pero en vez de eso me puse de pie y miré la realidad frente a frente.

No había comido nada desde por la mañana. Y Julie me esperaba en la librería.

—Déjame ver —dijo Julie. Le mostré mi móvil. Llevaba cinco minutos en la librería y todavía no había encontrado el tiempo ni las palabras adecuadas para contarle cómo estaban las cosas en ese momento. Me resultaba difícil hablar de ello, y que el asunto había acabado mal era algo que Julie había captado nada más verme.

—¡Vaya! —exclamó cuando entré por la puerta.

—Sí, se acabó —dije, haciendo un gesto de rendición con la mano—. Perdona que llegue ahora, he pasado unas horas horribles. —Aunque ya había comido algo y no tenía tanta flojera de piernas.

Julie me agarró brevemente el brazo.

—¡Ay, Antoine! —dijo—. Lo siento tanto... He intentado llamarte, pero tu móvil no funcionaba.

—Se me ha caído —dije.

Julie cogió mi teléfono. Le dio la vuelta, quitó una pequeña tapa y sacó la tarjeta SIM. Sopló en el hueco, volvió a insertar la tarjeta y esperó unos segundos.

—¡Ya está! —exclamó satisfecha—. Ya funciona otra vez. Solo tienes que meter tu PIN, luego podrás dedicarte de nuevo a tu actividad favorita.

—Puedes ser realmente malvada, Julie —dije.

—Lo sé. —Me observó mientras yo tecleaba los números, luego sonó la campanilla de la puerta y entró en la tienda un cliente. Julie se levantó—. *Bonjour, monsieur*. Si puedo ayudarle en algo, no dude en decírmelo.

El cliente nos miró.

—Gracias, antes me gustaría echar un vistazo.

Julie asintió con amabilidad y el hombre centró su atención en los libros de fotografía. Entonces Julie pareció acordarse de algo.

—Ah, Antoine, antes de que se me olvide: ha venido una clienta preguntando por una novela que al parecer había encargado. Dijo que le habías dejado un mensaje en el contestador. Pero yo no he encontrado nada por aquí.

—¿Qué? —La agarré con fuerza por los hombros.

—Antoine, ¿qué pasa? Te has quedado muy pálido.

—Julie —dije casi sin voz, notando los latidos de mi corazón en la garganta—. ¿Cómo era esa mujer? ¿Era rubia? ¿Se llamaba la novela *Encuentro en el Café de Flore*? ¿Llevaba un paraguas rojo? —Mis dedos la apretaron más fuerte y Julie se estremeció.

Asintió. De pronto ella también se puso pálida y supe que empezaba a comprender.

—Antoine, ¿cómo iba a saber yo que...? No habías mencionado ningún libro —tartamudeó—. Ni tampoco ningún paraguas rojo. Ni siquiera sabía que es rubia...

—Está bien, está bien. —Estaba tan nervioso que sacudía a Julie con cada palabra —. ¿Cuándo ha sido eso...? ¿Cuándo?

—Unos minutos antes de que tú llegaras.

Solté a Julie. Apreté los labios. No entendía nada. Isabelle se había marchado en el coche de los novios. Isabelle había pasado por la librería y yo no estaba. Isabelle había estado allí. Todo lo demás carecía de importancia. Ella había estado allí unos minutos antes. Quería verme. Tenía que encontrarla.

—¿Ha preguntado algo más? ¡Piénsalo bien, Julie!

Julie pensó.

—No... Solo ha preguntado por el libro, luego se ha marchado.

—¿Has visto en qué dirección se ha ido? ¡Rápido! —grité. El cliente de los libros de fotografía seguía nuestra conversación con gran interés, pero a mí me daba igual.

Julie me acompañó hasta la puerta.

—Ha bajado por la Rue Bonaparte... Hacia allí... —Señaló en dirección al Sena.

Yo asentí. Dejé a Julie allí plantada y salí corriendo.

Había estado lloviendo toda la mañana. Pero ahora, cuando me habría venido bien, no llovía. No, tampoco es que cubriera París un radiante cielo azul de primavera. Las nubes negras avanzaban empujadas por el viento. Pero ni gota de maldita lluvia. Y por eso no había ningún paraguas abierto.

Recorrí la Rue Bonaparte con el corazón latiendo como loco. Corría por mi vida. Mis ojos escudriñaban la calle en busca de una mujer rubia, miraban a través de escaparates y puertas de cristal, buscaron a derecha e izquierda en la Rue Jacob, la Rue de l'Université, la Rue de Visconti... Quién me decía que Isabelle no llevaba un rato sentada delante de una tartaleta de frambuesa en Ladurée o comprando zapatos en alguna tienda, decepcionada con el hombre al que le había regalado su sonrisa y su confianza, al que le había dado su número de teléfono y no la había llamado, el que dominaba el gran arte de estar en el sitio indicado a la hora equivocada.

Maldiciendo en silencio, seguí recorriendo la calle. Si no hubiera estado tanto tiempo sentado en la Place des Vosges, si no me hubiera comido esa ensalada. Si, si, si...

No habíamos coincidido por unos pocos minutos. Ella estaba muy cerca, pero ¿dónde?

—¿Dónde estás, Isabelle, dónde estás, mi preciosidad? —susurré—. Dímelo, por favor... por favor. —Sonó como una plegaria.

Había llegado al final de la Rue Bonaparte y estaba delante del Quai Malaquais. Podía ir a la derecha, podía ir a la izquierda, podía tirarme al Sena.

No veía a ninguna Isabelle y ya no sabía qué hacer.

En un gesto teatral, abrí los brazos y levanté la mirada al cielo de abril de París.

—¡Haz algo, haz algo de una vez! —grité desesperado, sin saber muy bien a quién iba dirigido ese grito de auxilio: a mí, a las nubes grises que había sobre mi cabeza o a Dios, si es que existía.

En cualquier caso, alguien escuchó mi grito. Primero pensé que eran lágrimas lo que corría por mis mejillas, luego noté que eran gotas de lluvia.

El semáforo se puso verde. Crucé y miré en ambas direcciones. El tráfico pasaba de largo a toda velocidad. Los barcos surcaban el Sena debajo de mí. A lo largo del Quai se movían figuras con y sin paraguas. Miré a la izquierda hacia el Pont du Carrousel. Miré a la derecha hacia el Pont des Arts. Y entonces descubrí un punto rojo que avanzaba hacia el puente.

Volé por la orilla del Sena como en un sueño. ¿Corría? No puedo asegurarlo. No notaba las piernas, era todo muy ligero. El paraguas rojo me atraía como un imán. La lluvia me embriagaba como el champán. La alcancé en pocos minutos.

Iba delante de mí, con su gabardina, sin percatarse de nada. El pelo rubio como la miel le cubría los hombros, el paraguas rojo se movía con cada paso que daba.

Disfruté durante unos segundos de ese pequeño instante de inimaginable felicidad que solo me pertenecía a mí. Luego pronuncié su nombre.

—Isabelle —dije casi en voz baja, y luego otra vez—: Isabelle.

Ella se volvió. Ante mí estaba la mujer que yo quería abrazar con mi corazón. Ver su imagen fue como dar el primer trago de agua después de haber cruzado el desierto. Me juré a mí mismo que no olvidaría jamás ese momento.

Los ojos marrones de Isabelle se abrieron de sorpresa y pequeñas partículas doradas brillaron en su mirada. Me miró en silencio. Parecía asombrada, irritada, furiosa, feliz.

—*Mon Dieu!* ¿De dónde sale usted ahora?

Señalé hacia el cielo.

—He caído del cielo directamente.

Ella frunció la boca en una sonrisa. Yo también sonreí.

—Pues ha necesitado mucho tiempo —dijo luego mirándome con severidad—. No todos los días le dejo caer a un extraño una tarjeta con mi número de teléfono, ¿sabe?

—Lo sé, Isabelle, lo sé... —Levanté los brazos en un gesto que debía demostrarle que era inocente. Estaba dispuesto a tirarme al suelo y besar sus preciosos pies para que me perdonara.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó en un tono que sonaba conciliador.

—Bah —dije con un gesto despreocupado—. Ha sido muy fácil.

Miré el reloj. Faltaba poco para las tres. Cerré los ojos un instante y cogí aire.

—Ha sido un infierno —dije. Iba a contárselo todo—. ¿Sabe que llevo veinticuatro horas dando vueltas para volver a encontrarla, Isabelle? He recorrido París de arriba abajo como un idiota, siempre detrás de usted. ¡Jamás en mi vida había perseguido a una mujer de esta manera, jamás!

Pude ver que estaba impresionada. Vaciló un instante.

—¿No quiere meterse debajo de mi paraguas? Se va a empapar.

Ya estaba empapado, pero no me importaba. Me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Puedo? —Y me colgué de su brazo. Paseamos con un paraguas rojo bajo la suave lluvia de primavera, y fue maravilloso. Fue exactamente como lo había imaginado. Empecé a hablar. Ella escuchaba. Después de unos metros ya le había

pasado el brazo por los hombros. Ella se mostró complacida y se apretó un poco más contra mí. Pude oler su perfume y la fragancia de su pelo, que se mezcló con el olor de la lluvia. Seguí narrándole mi aventura. Ella estaba pendiente de cada palabra. Se rio. Exclamó: «¡Oh, no!», y se tapó la boca con la mano. Me lanzó una mirada celosa. Dijo con tono de burla: «¡Te lo mereces!». Soltó un gemido de espanto. Hizo: «Hmm, hmm». Volvió a reírse. Me interrumpió: «Mi tía *no* me lo dijo. Esta mañana he descubierto el mensaje en el contestador». Protestó: «Solo es mi primo». Se detuvo y me miró con ternura.

—Tonto —dijo—. Grandísimo tonto. No me he casado yo. Se ha casado Dimitri. La novia es amiga mía.

Había llegado al final de mi aventura y estábamos en el Pont Neuf. El puente se tendía sobre el Sena como una promesa y parecía invitarnos a cruzarlo como miles de enamorados lo habían hecho antes y miles lo harán en el futuro.

Isabelle estaba ante mí y todo era maravilloso.

No podía evitarlo, tenía que besarla. Puse mis labios en los suyos. Eran suaves y salados y dulces a la vez. Isabelle abrió la boca y vi el paraíso.

Un sonido apagado llegó a mis oídos. Eran las campanas de Notre-Dame.

Isabelle se apartó con suavidad.

—Tu móvil —dijo con voz apagada.

Yo sacudí la cabeza con desgana.

—Contesta, puede ser importante.

Suspirando, saqué el móvil del bolsillo.

—*Oui?* —pregunté impaciente.

—¿Hola? ¿Hablo con Antoine Bellier?

Una voz de mujer.

—Sí —repetí—. ¿De qué se trata?

—*Ah, bon!* Soy Veronique Favre —dijo la voz—. Me ha dejado usted un mensaje en el contestador... en relación a un libro. Pero, monsieur, debe de haber un error, yo no he encargado ningún libro. —Parecía nerviosa.

Yo me reí. Me reí tan fuerte que Isabelle me miró sorprendida. Miré hacia el cielo y dediqué mi risa a las nubes, y luego me sentí obligado a darle una respuesta a una Veronique que vivía en algún lugar de París y no había encargado ningún libro en la Librairie du Soleil.

—Está bien, madame —contesté divertido—. Entretanto ya he encontrado a la mujer que buscaba...

Le hice un guiño a Isabelle y guardé el móvil. Cruzamos el Pont Neuf, naturalmente había dejado de llover, Isabelle cerró su paraguas rojo y preguntó:

—Y... ¿qué hacemos ahora?

—Ahora... —La cogí de la mano y aguardé un instante antes de responder—:

Ahora vamos a hacer lo que llevo queriendo hacer contigo desde ayer por la mañana.

Abandonamos el puente y nos dirigimos a la Place Dauphine, que dormitaba dulcemente en el corazón de París.

—¿Y qué es? —preguntó Isabelle.

Sonreí.

—¿Me permite invitarla a un café, madame?

—Por supuesto, monsieur, insisto. —Sonrió y sus ojos centellearon alegres.

Fue como un salto en el tiempo. Ayer y hoy fueron de pronto uno, se fundieron en esa encantadora sonrisa que aceleraba mi corazón y me hacía volcar las tazas de café. Pero hoy no iba a sujetar el libro al revés. Ni siquiera iba a leer. Había encontrado mi propia novela.

Cogidos del brazo, cruzamos la Place Dauphin y buscamos un pequeño café agradable.

Y así comenzó el apasionante resto de mi vida.



NICOLAS BARREAU. (París, 1980) De madre alemana y padre francés, estudió lenguas románicas y literatura en la Sorbona. Durante un tiempo trabajó en una librería de la Rive Gauche hasta que finalmente se dedicó a escribir. Le encantan los restaurantes y la cocina, cree en el destino, es muy tímido y reservado y, al igual que al escritor protagonista de *La sonrisa de las mujeres*, no le gusta aparecer en público. Sus tres novelas, publicadas originalmente por una pequeña editorial alemana, han conseguido un gran éxito, especialmente *La sonrisa de las mujeres*, que se ha convertido en un verdadero fenómeno editorial en Alemania y en Italia.